

## ESTUDIOS HISTORICOS.



COPIA DE LA ESTATUA QUE EXISTE EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE CLERY.

### UN CAZADOR Y SU PERRO. (1)

Era un sábado, penúltimo día de agosto del año de 1483, cuando no muy distante de Tours, en una espaciosa habitación tapizada de pieles rojizas, mas provista de botellas y reliquias que de muebles, y á la cual daba entrada una pequeña escalera abierta en el grueso de la pared, se veían cinco personas todas de distinto porte.

Cerca de un pobre enfermo, pálido, macilento, tendido en un lecho, se hallaban, á un lado de la cabecera un cenobita en oracion, y al otro un médico, de inmóvil aspecto, pulsando al abatido enfermo.

(1) Episodio de una obra inédita de M. X. B. Saintine, titulada: *Crónica de las tres mugeres del buen rey Luis XII*, que debe formar la segunda parte de los *Cuentos de la Torreilla*.  
25 de octubre de 1847.

Otros dos hombres permanecían de pie en uno de los extremos de la estancia, ora prestando atención, ora hablando discretamente mas aun con los ojos que con la lengua.

El primero, que se hallaba en todo el vigor de la edad y era de mediana estatura, descubría á través de su aire bondadoso, un carácter especial de finura é inteligencia. Tenía en la mano un estuche de plumas, dispuesto al parecer á escribir lo que le dictasen, y hubiérasele tenido por un notario, á no ser por el rico traje de terciopelo negro que vestía, y la gran cadena de oro que brillaba en su cuello.

Alto, flaco, calvo, de grave y rígido aspecto, el segundo, estaba cruzado de brazos como poseído de una violenta angustia, murmuraba algunas palabras al oído de su compañero, y arqueando sus espesas y erizadas cejas, lanzaba de vez en cuando un ronco suspiro.

Aun había otro dolorido personaje: un blanco lebel que estaba acostado en un rincón de la sala sobre el re-



ducido lecho que allí le mandara preparar su apasionado amo. Era este un consumado cazador lo mismo que aquel, y ambos se habían visto precisados á guardar cama al volver de una cacería.

Del mismo modo que los demas testigos de aquella escena, el perro tenía fija su mirada en el enfermo.

—¿No tenemos hoy, como ayer, dijo este volviendo espantado la vista del sombrío rostro de su médico, alguna famosa lucha á muerte, entre gatos y ratones, para ahuyentar el sueño y entretenernos, mi blanco lebre! y yo?

¡Ah! ¡cuánto padezco! se interrumpió revolviéndose entre las sábanas; en seguida dirigiéndose al cenobita prosiguió:—Padre, rogad á Dios que calme mis padecimientos; solo él puede hacerlo; sino por mí, indigno pecador, por vos que sois un santo varón, y que jamás le habeis ofendido como yo. Rogadle, padre, rogadle con fervor, pues á vos nada debe rehusaros.

Oyóse entonces al cenobita, con la frente inclinada hácia la tierra, balbucear sus oraciones pidiendo á Dios y al divino San Eutropio que aliviase los males del paciente, y le volviese la salud del alma y del cuerpo.

—Sobre todo, la del cuerpo, por ahora, ¡pedidle solo la del cuerpo, padre! dijo el enfermo tendiendo su descarnada mano hácia el santo varón.—Para conseguir algo, es preciso no pedir muchas cosas á un tiempo.

El monge obedeció; pero como no se mitigasen los dolores del paciente, este se volvió entonces hácia el médico.

—¡A vos os toca ahora, aliviadme, mi digno amigo, solo confío en vos! exclamó; ya os he dado riquezas y honores; aun os quiero hacer mas rico, pero no me miréis así, creeria.... ¡lo que no quiero creer! Desarrugad vuestra frente y alegraos, pues sabed que por cada mes mas que yo viva, os serán pagados, no diez mil escudos, sino veinte mil si es necesario; mas aun si lo exigis.

Sin conmoverse, al parecer, lo mas mínimo por estas brillantes promesas, el médico le hizo aspirar ciertas sales y le administró algunas gotas de una bebida maravillosa; pero si estos remedios le produjeron en el momento buen efecto, debió al menos ser muy poco duradero.

—¡Las reliquias! ¡las reliquias! gritó el enfermo al cabo de un instante, dirigiéndose de nuevo al hombre de Dios.

Este despues de hacer la señal de la cruz, se acercó respetuosamente á un precioso relicario colocado sobre un velador que habia en medio de la sala, y se dispuso á conjurar, por medio de su contacto, los vehementes dolores que aquejaban al enfermo. En primer lugar era necesario sostenerle la cabeza; mas como el monge estaba débil, estenuado menos aun por la edad que por los ayunos y las penitencias, necesitaba un auxiliar. Entonces levantó tímidamente la vista hácia el médico que se hallaba enfrente de él al otro lado de aquel lecho de dolor. El médico hizo un gesto irónico y sonriéndose con desprecio, abandonó su puesto, que ocupó en seguida el hombre del traje de terciopelo negro.

—¡Oh santas y poderosas reliquias! si me sacais de este estado, exclamó el paciente, os mando edificar una iglesia en que cada una tenga su capilla particular, donde descansareis sobre oro puro, rodeadas de piedras preciosas y en donde se os tributará el culto que mereceis. —¡La bebida! ¡la bebida! gritó en seguida interrumpiéndose bruscamente.

Sebre vino luego un instante de calma, al cabo del cual trató de engañarse á sí mismo de engañar á los demas, y aparentó conformarse de repente con su suerte.

—¿Por qué he de morir de esta enfermedad, dijo; soy acaso tan viejo? ¿estoy tan débil por ventura? Ese perro que me mira desde su rincón y á quien el cirvno ha puesto tan mal parado, se halla en peor estado que yo! ¡no tiene los medios de curarse que yo poseo; nadie ruega por él, Dios no puede interesarse en su conservacion como en la

mia! ¡Y sin embargo, dicen que sanará! ¡Ah! yo tambien, yo tambien sanaré, ¡Virgen Santa! La falta de aire y de alimento es lo que me estenia; la cama es lo que me hace desvariar! Quiero ir á respirar el puro ambiente á la galeria, ó mejor dicho, á pasearme por la ciudad, para que todos me vean, no derrotado, sino con mi hermosa ropilla de seda carmesi forrada de arminio.... ¡Mejor aun! Mi rico traje de paño de oro no puede estar muy usado.... ¡solo me le he puesto una vez!.... si.... ¡para presentarme al condestable! ¡Que me le traigan al momento y que me preparen el caballo.... bien enjaezado tambien.... que le pongan su preciosa mantilla con bordados de Persia! Vosotros me acompañareis, mis buenos amigos; vosotros me dareis algun auxilio, si fuere necesario. ¡Vamos!

Las personas á quienes se dirigia solo tuvieron aquellas vanas palabras como un delirio pasajero; mas con un rápido movimiento arrojó la ropa de la cama y se lanzó bruscamente al suelo.

Al ver esta accion inesperada, el lebre! que no perdía de vista á su amo, se levantó, aunque con algun trabajo, y creyendo que le llamaba fué á colocarse delante de él; pero ni uno ni otro podian apenas tenerse en pie, y en uno de los balances faltó muy poco para que ambos viniesen al suelo.

Recogido el amo en los brazos del monge, fué cuidadosamente colocado en su lecho, y el perro impelido de un modo brusco hácia el suyo.

Cuando el primero volvió en sí de su desmayo, exclamó:

—El maldito lebre! es quien me ha hecho caer, pero yo quiero probar de nuevo.

—No os movais, gritó el médico con un gesto imperioso que dejó inmóvil al enfermo, el cual creyó leer en las consternadas fisonomías de los que le rodeaban, que debia estar muy próximo el momento fatal.

Si ha existido algun hombre temeroso de la muerte, era aquel sin duda. El oír solo pronunciar esta palabra le causaba anticipadamente tal sensacion, que mandó no se pronunciase por ningun motivo en presencia suya. Conociendo, sin embargo, por el estado de su salud, que debia estar preparado, hizo seña al hombre del vestido de terciopelo negro para que se acercase al lecho y le dijo con voz entrecortada:

—Mi fiel servidor, es posible que esta enfermedad no ceda, ya lo veis; pero no quiero que se me dé la noticia sino del modo que os tengo encargado; y si.... dentro de algunas semanas.... de algunos dias tal vez.... estoy en peligro de.... ¡No permita Dios semejante desgracia! añadió interrumpiéndose; acordaos de decirme simplemente estas dos palabras: «Hablad poco» con esto solo os comprenderé.

Mientras que de este modo hablaba en voz baja á su confidente, el médico se acercó al hombre calvo, y cuando el enfermo hubo acabado de hacer al otro sus advertencias volvió la cabeza y vió al último inclinado sobre la almohada de su cama con su rostro pálido y siniestro, el cual le dijo sin ningun preámbulo y en tono mas bien de reconvenccion que de sentimiento:

—Ni oraciones ni remedios pueden ya servir; es necesario que os prepareis á morir.... santamente.... como debe hacer todo buen cristiano. La muerte es inevitable y por desgracia se acerca á pasos agigantados. Es un deber muy triste para mí el tener que anunciaroslo, lo mismo que para vos un trance amargo el de....

Estremeciéndose el moribundo, dió un salto sobre la cama, y con los ojos desencajados y los labios contraídos por la rabia, lanzó á su interpelante una mirada sombría y terrible que le cortó la palabra:

—Quizá no estoy tan malo como podia creerse; dijo despues de un momento de espantoso silencio. Ademas aun cuando solo me restasen dos minutos de vida, todavia soy aquí el que manda, y puedo castigar á cualquiera



que se atreva á desobedecerme y á rebelarse contra mi voluntad. ¡Oh! juro por mi salvacion eterna, que de los que estamos dentro de esta habitacion no soy yo quien ha de morir primero!

Y se preparó á hacer uso de un silbato de plata colgado cerca de su cama; pero el monge le detuvo, diciéndole:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡olvidais que tal vez podeis comparecer muy pronto en su presencia?

—Dios me absolviera, padre mio, y vos tambien, porque voy á cumplir con un acto de justicia. Ese hombre ha cometido otros muchos delitos.

—¡Pecador! gritó el monge con vehemencia y magestad, solo la justicia divina, tiene derecho de ser tan pronta, la de los hombres debe obrar mas lentamente, pues está sujeta á errores. ¡Retractaos al instante ó no recibis la absolucion de Dios ni la mia!

El enfermo reflexionó un momento; en seguida con voz menos agitada, pero que dejaba aun traslucir el impetu concentrado de su cólera, añadió:

—Pero no puedo faltar al juramento que acabo de hacer por la salvacion de mi alma, sin arriesgar mi entrada en el paraíso. E incorporándose, no sin trabajo, sobre un brazo, prosiguió en tono de absoluta decision: cumpliré este juramento; ¡debo y quiero hacerlo así!

El monge se habia arrodillado y puesto las manos en actitud de orar; las demas personas llenas de asombro, acercáronse al lecho con aire suplicante. Solo el hombre calvo que permaneció inmóvil, y con rostro impasible, arrostraba al parecer, aquel desafío, sin embargo de que debia comprender el peligro, porque la palidez livida de sus facciones, las gotas de sudor que empezaron á caer de su frente, daban á conocer que su inmovilidad era mas bien hija del terror, que de la resignacion.

Fijando sobre él su mirada, con una espresion estraña de poder y malignidad, prosiguió el moribundo:

—He jurado que de los que respiran dentro de esta habitacion, no será yo á quien primero falte el aliento. Y, con un gesto, indicó el rincon en donde se hallaba el lebel echado en su cama.

—¡Coged á ese perro, y que muera en seguida!

Sin esperar á que le repitieran la orden, el hombre calvo, descolgó una maza de armas que estaba colgada en

la pared, y con poco segura mano la descargó sobre el pobre animal, quien lanzando lastimeros ahullidos murió al tercer golpe.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡como le hace sufrir! exclamó el cazador volviendo á caer sobre la almohada, y dando señales manifiestas de un enternecimiento poco comun.

—Hijo mio, le dijo el eremita, hasta la muerte de ese perro es un acto culpable, y el cual debeis espiar con el arrepentimiento.

—¿Es posible que Dios me pida cuenta de ese asesinato como de un pecado? murmuró el moribundo. Si, me acuso de haberle cometido; ademas, ¡yo queria mucho á ese perro! Ha sido uno de mis buenos compañeros de caza, y por eso, he llegado hasta hacer que le cuiden á mi vista, dentro de mi propia habitacion. Mi conciencia me dice que de cuantos seres he hecho dar muerte, es el único que no me ha ofendido. Como espacion de este delito, quiero que sea esculpido sobre mi.... ¿Lo entendeis? Si, esculpido en mármol, ¡como yo y á mi lado! ¡Recibid mi confesion, padre!

Desde aquel momento, no volvió á acordarse al parecer, de la muerte el terrible enfermo; volvió á adquirir su razon, y sangre fria; dictó estensamente sus últimas instrucciones al hombre vestido de terciopelo negro, confesó todas sus culpas, y como á eso de las ocho de la noche despues de haber discurrido con calma y acierto acerca de los negocios políticos de Francia, dejó de existir, habiéndole cerrado los ojos el eremita.

Este eremita, era San Francisco de Paula;

El médico, Santiago Coitier;

El hombre del vestido de terciopelo negro, el historiador Felipe de Comines;

El hombre calvo, el ministro Oliverio el Dain, llamado el Diabolo;

¡El que acababa de morir, era el rey Luis XI!

De todas las disposiciones del rey difunto, solo la relativa á su perro, fué cumplida religiosamente. En la iglesia de Nuestra Señora de Clery, cerca de Tours, se vé al rey Luis XI, arrodillado en traje de cazador, esculpido en mármol sobre su tumba, con su blanco lebel al lado.

(Traducido del francés.)





## GLORIAS DE ESPAÑA.

### DON DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA.

#### I.



En los primeros días del mes de setiembre de 1623, todos los habitantes de Madrid se detenían admirados ante un cuadro, que de propio intento estaba espuesto al público en la calle Mayor, frente á las gradas del antiguo convento de San Felipe el Real. La multitud que obstruía la calle, y la que creyendo gozar mejor punto de vista, se agolpaba á las gradas, permanecía entusiasmada ante aquella obra maestra del arte, que no menos causaba la admiración de los inteligentes que la de los ignorantes.

Era el cuadro un retrato ecuestre y del tamaño natural del monarca reinante don Felipe IV, pero ejecutado con tal verdad y tan perfecta semejanza, que embelesaba á cuantos le miraban. La natural al par que magestuosa actitud del monarca, el fuego y la energía del caballo, dotado al parecer de movimiento, la corrección en el dibujo, exactitud en los detalles y un bellissimo y vigoroso colorido, hacían de este cuadro una maravilla, y aseguraban á su autor la primacía sobre los muchos y muy famosos pintores existentes.

¿Pero quién era el autor de aquella obra portentosa? Mil rumores se divulgaban acerca de su persona. Decíase que el mismo rey don Felipe IV había mandado esponer el cuadro á vista del público, no tan solo para que este contemplara un verdadero retrato de su amado monarca, y admirara la perfección de la obra, sino para dejar fijada la reputación de su autor, y que tan pagado y satisfecho había quedado el rey de la perfección del retrato, que había nombrado al artista su pintor de cámara, con la honorífica circunstancia de que nadie más que él pudiera en lo sucesivo retratarle; distinción de que no ofrecía otro ejemplo la historia, desde los tiempos de Alejandro y Apeles.

Y sin embargo, el autor era un jóven de quien pudiera presumirse que aun no había terminados los estudios preliminares del arte de la pintura; un jóven nacido en Sevilla en 1599 y llamado DON DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA. Era tan galán y agraciado de persona, como de vivo y fecundo ingenio. Había sido discípulo de Herrera y de Pacheco, con cuya hija Juana contrajo matrimonio. Ni había ido á Roma, ni había podido copiar las obras de los grandes maestros: jamás había contado con mas recursos para su arte que los que Herrera y Pacheco le pudieron proporcionar, y sin embargo, el jóven despues de alcanzar á mas de lo que hacían sus dos maestros, daba trazas de aventajar á todos sus contemporáneos. Era que había elegido por maestra á la naturaleza, y en su estudio había hallado el origen, no de una perfección ideal como la que caracteriza á las obras del antiguo, sino de esa espresión inimitable de gracia y de verdad, que caracteriza las

obras de Velazquez, y que distingue su estilo de el de todos los pintores españoles mas afamados.

Don Juan de Fonseca y Figueroa, caballero apreciador del mérito de Velazquez, aprovechó la privanza que gozaba con el poderoso valido don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, para proporcionar á Velazquez un teatro en que luciese su fecundo ingenio, aconsejando al valido mandara venir al pintor sevillano, para que hiciese el retrato de los monarcas, asegurando había de quedar airoso en su desempeño. El resultado había correspondido á las esperanzas: el público de la capital se ocupaba de la obra y aclamaba altamente la superioridad del autor, el conde-duque de Olivares estaba satisfecho de su elección, y Felipe IV, amigo de las musas y entendido en las artes, aquel principe sucesor de Carlos I que había servido al Ticiano, y de Felipe II que descansaba de las fatigas del gobierno en el obrador de Alonso Sanchez Coello, Felipe IV, en fin, que se gloriaba de proteger á los artistas, determinó dar una prueba en la persona de Velazquez de hasta donde alcanzaba su escelsa protección.

#### II.

Era tal la importancia que por aquella época tenían los artistas en toda Europa, que los monarcas y los magnates sus protectores no se limitaban, como parecia natural, á engrandecerlos en su misma esfera de artistas, ofreciéndoles abundantes ocasiones de ostentar la magia de sus pinceles, sino que juzgando los mas elevados cargos muy dignos de los que se dedicaban al cultivo de las artes, honraban con ellos á sus pintores favoritos. Así se vió en el ejemplo de Rubens, que recorrió las cortes de Europa como embajador y como encargado de importantes comisiones diplomáticas. Felipe IV entre los honores puramente cortesanos que confirió á Velazquez, tuvo la idea al parecer estraña de nombrarle aposentador mayor de palacio; pero con el objeto de confiar el ornato de sus régios alcázares á una persona de tan buen gusto y de tanta inteligencia, que aun los menores detalles no podia menos de mirarlos con ojos de artista. Además Velazquez tendria así que acompañar á todas partes al rey, y establecer su estudio en el mismo palacio, y por consiguiente el monarca podría pasar horas enteras viendo trabajar á su pintor favorito.

Tenia vivos deseos don Felipe IV de perpetuar en el lienzo alguna de las hazañas, harto escasas por cierto, del reinado de su augusto padre, y como la espulsion de los moriscos, entonces que aun no se habían apreciado sus consecuencias, era mirada como el hecho mas glorioso del reinado, este fué el asunto confiado al pincel de Velazquez. Otros tres pintores famosos quisieron competir con el jóven sevillano; pero sus obras de un mérito indisputable, fueron sin embargo eclipsadas por la de Velazquez, que sola obtuvo la distinción de ser colocada en el Cason del palacio del Buen Retiro, y que tambien fué la única que obtuvo el honor de ser firmada por su autor, entre las muchísimas producidas por su fecundo pincel.

Se ha perdido este cuadro para las artes españolas, pero de su perfección puede dar alguna idea, por ser



también del género histórico, ese otro cuadro capital, tan sublime en la invención, como admirable en el dibujo y colorido, esa obra inimitable de la *rendición de Breda*, conocida entre los aficionados con el nombre de *cuadro de las lanzas*.

Mas no era solo en el género histórico en el que Velazquez sobresalía; para este artista universal no había

dificultad, ni asunto imposible. Así representaba los asuntos bíblicos y sentimentales, como á *Jacob recibiendo la túnica ensangrentada de Josef*, como los mitológicos y casi grotescos, como á *Vulcano y sus ciclopes*, estupefactos con las aciagas noticias que les trae el dios Apolo. Se elevaba desde la representación de los tipos populares con todo su carácter y aquella verdad que se ve en el cua-



PINTA FELIPE IV LA CRUZ DE SANTIAGO EN EL RETRATO DE VELAZQUEZ.



dro de *los borrachos*, hasta las maravillosas concepciones de una belleza ideal, como se vé en el cuadro de *Cristo crucificado* y de la *coronación de la Virgen*.

Pero no solo con las obras de su mano enriqueció Velazquez á su patria, sino que por su elección y cuidado vinieron á nuestro país las de los principales artistas extranjeros, para favorecer los adelantos de la juventud estudiosa y para erigir un suntuoso museo, un templo de las artes en que estuviesen reunidas todas las obras na-

cionales y extranjeras, primeras en su línea: idea grandiosa inspirada por Velazquez y que tanto sonreía á Felipe IV.

Por esta causa, despues de su primer viage á Italia en 1629, volvió á salir Velazquez en 1648 con encargo especial de adquirir á toda costa las obras antiguas y modernas que pudiesen servir de modelo. En esta expedición recorrió el pintor español las ciudades de Génova, Milan, Padua, Bolonia, Florencia, Módena, Parma, Nápoles, y



sobre todo Roma y Venecia, en las que permaneció por algún tiempo, comprobando con sus obras la justa reputación que ya le había precedido, retratando á los personajes mas eminentes, incluso el sumo pontífice Inocencio X, y no desdenándose de copiar las obras maestras de los grandes pintores italianos. En cuanto á su comision de adquirir pinturas y esculturas, trajo cuadros admirables del Veronés y del Tintoretto, y los modelos de las estatuas y grupos mas célebres del antiguo, como el *Licoonte*, la *Niobe*, el *Apolo*, *Mercurio*, *Gladiator* y otros muchos.

Con el buen desempeño de su comision y con los adelantamientos que en la pintura hizo Velazquez durante su permanencia en Italia, creció su estimacion en el ánimo del monarca, hasta el punto de que le dispensase algunas de aquellas mercedes, notab es no por lo que en sí mismas son, sino por la manera con que se hace el donativo. Tal sucedió cuando Velazquez, despues de haber acabado el célebre cuadro del *retrato de la infanta Doña Margarita*, al que Lucas Jordan llamó despues *el dogma de la pintura*, le presentó ante Felipe IV. Contempló el rey con indecible satisfaccion el retrato de su hija querida, creciendo por puntos su admiracion á medida que iba notando los mágicos efectos de luz y las incomparables bellezas de la obra, cuando reparó en la figura del pintor que se había retratado en el segundo término. Velazquez, que observaba atentamente la espresion de la fisonomia del monarca, al verle encarado con su retrato, y temiendo le pareciese demasiada osadia el haberse retratado en un cuadro en que figuraban personas reales, ó que hallase algun defecto en la obra, le preguntó:

—Y bien, señor, ¿qué os parece el cuadro? Falta alguna cosa para llenar los deseos de vuestra magestad?

—Sí, una cosa falta.

—¿Cuál?

—Esta: hablando así, mojé Felipe IV un pincel en el vermellon de la paleta, y acercándose al retrato de Velazquez, le pintó en el pecho la venera de la orden de Santiago.

### III.

Tenia Velazquez un esclavo llamado Juan de Pareja, con la comision de molar los colores, limpiar la paleta y preparar los lienzos: cosas todas que ejecutaba con tan buena voluntad como inteligencia. Había acompañado á su amo en todos sus viages, y estando en Roma se presentó en casa de algunos académicos amigos de Velazquez, llevando su retrato hecho por su amo, lo que sin mas prueba valió á Velazquez el ser nombrado individuo de la Academia romana. Trataba Velazquez á este esclavo con mucha consideracion; pero á pesar de todo, tan elevada idea tenia del arte de la pintura, que jamás hubiera consentido le ejerciese un hombre de la humilde condicion de Pareja. La desgracia para éste era que bajo las apariencias de esclavo, tenia toda la ambicion y la libre fantasia del verdadero artista. Consultando un día y otras obras de su ilustre amo, escuchando los consejos preciosos que daba á sus discípulos, presenciando los secretos del arte que Velazquez practicaba en la soledad de su obrador, y sobre todo, trabajando durante cuarenta años y muchas veces en el silencio de la noche, con un ardor y una constancia sin ejemplo, consiguió manejar el pincel de tal modo, que bien se le podia perdonar el secreto con que había estudiado y el atrevimiento de hacerlo.

Un día en que aprovechando la ausencia de su amo,

se hallaba solo y seguro de no ser interrumpido, dando los últimos toques á un hermoso cuadro, sintió rechinar la cerradura y correrse el pestillo de la llave de una puerrecilla que había al extremo de un pasillo, por el que se pasaba del estudio de Velazquez á los aposentos del rey. Por aquella puerta y á semejante hora, nadie podía venir mas que el mismo soberano, por lo que Pareja, todo turbado, no tuvo tiempo mas que para quitar precipitadamente el cuadro del caballete y colocarle arrimado y vuelto á la pared, conforme acostumbraba hacerlo con otras pinturas de su amo.

Era efectivamente el que entraba el rey don Felipe IV, y venia acompañado de Velazquez, para pasar su acostumbrada revista á los bocetos y pinturas acabadas de su pintor favorito. Pareja segun su costumbre, tuvo que ir volviendo los cuadros para que el rey los viese, hasta llegar á su propia obra que presentó temblando.

Quedáronse admirados tanto el rey como Velazquez á vista de la pintura, y el primero que rompió el silencio fué el rey para decir:

—¿Qué hermoso cuadro es este?... ¡Y por cierto que no le había visto empezar!

Arrojóse entonces Pareja á los pies del monarca, confesando, cual si fuera un delito, que aquel era el fruto de sus secretos y constantes estudios, y suplicándole intercediese con su amo para que le perdonase su atrevimiento. Volvióse el monarca hacia Velazquez y señalándole el cuadro de Juan de Pareja le dijo:

—Señor don Diego, el que tal hace, no merece ser esclavo.

—Desde este momento, contestó Velazquez, ya no es mi esclavo, es mi discípulo.... mas todavía, mi amigo.

Pareja estrechó con efusion la mano que Velazquez le presentaba, y aunque desde aquel momento quedó reconocida su libertad por acta formal, fué tanta su gratitud y tan entusiasta su cariño, que continuó asistiendo á Velazquez con mas celo que si fuera su esclavo, hasta la muerte de este sublime artista, acaecida en 6 de agosto de 1660. Inútiles fueron todos los cuidados de los mejores médicos de Felipe IV, y el esmero del mismo monarca en prodigar cuanto pudiera prolongar unos días tan preciosos. El mejor artista de la época, el mas favorecido del rey y mas estimado en la corte, aquel cuya alabanza resonaba en todas las bocas, debía pagar el común tributo de la naturaleza, sin dejar á sus amigos y admiradores mas consuelo que el de contemplar las obras de su genio, fecundo, original é inimitable.

Velazquez no ha tenido ni tiene competidor: su estilo ha muerto con él. Si el suavísimo Murillo es tan admirable por la armonía del colorido, por la gracia, por la espresion de belleza celestial que no tiene equivalente en lo humano; si no se puede mirar un cuadro de Juan de Juanes, sin recordar las obras grandiosas de Rafael y de la escuela romana; si Ribera supo producir con toda su energía, y á veces con aterradora espresion, los efectos de claro oscuro del Caravaggio, Velazquez en la seguridad de su pincel y en su imitacion de la naturaleza, no es partidario de ninguna escuela, sino creador de una que participa de los efectos y de las ventajas de todas, que por su espresion sencilla sin dejar de ser magestuosa, por aquel aire de verdad que produce el mayor encanto de la ilusion, y sobre todo por aquellos rasgos característicos del país, por aquella arrogancia verdaderamente española de los personajes, es la única que mejor puede obtener el renombre de escuela nacional.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.





## ESTUDIOS LITERARIOS.

### LA LENGUA CASTELLANA,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS.

«La mas bella prerogativa que Dios ha concedido al hombre y la que mas le distingue de entre todos los animales, es la facultad de hablar.»

(QUINTILIANO.)

**C**uestion debatida es entre los sabios, si desde los mas remotos tiempos en que el mundo salió de las manos del Criador, hubo ya un idioma formado de palabras, ó si los primeros hombres usaron para comunicarse y expresar sus pensamientos, de visages, ademanes, acentos inarticulados, etc. Sin pretender nosotros ofrecer aquí á nuestros lectores un largo y erudito razonamiento sobre la historia de las lenguas en general, y sobre los varios sistemas adoptados para dar á conocer su formacion, les presentaremos todo lo mas notable que encontramos escrito respecto al origen y progresos del rico y sonoro lenguaje castellano. Discordes están nuestros historiadores y filólogos para fijar la lengua primitiva de los españoles; y aunque á la averiguacion de este importante punto de nuestra historia, se han consagrado asiduas tareas y concienzudos trabajos por hombres eminentes, nada de cierto podemos saber. Muchos creen que el hebreo fué el idioma que primero se habló en España, fundándose en que era el de Tubal su primer poblador, segun varias historias antiguas; otros que el céltico, y otros que el vasconce, de quien dicen ser el fenicio degenerado (1). Guiados nosotros por los escasos fragmentos históricos que de tan remota época nos restan, y por la luz de la razon y la filosofía, podemos asegurar que el lenguaje español seria pobre y mezquino cual el de todos los pueblos primitivos; pues no siendo el idioma otra cosa que una coleccion de signos para representar las ideas, no era posible fuese rico ni abundante en espresiones el de un pueblo grosero y salvaje que carecia de ellas. Triste es la pintura que de los españoles de los antiguos tiempos hacen los historiadores, pues todos los presentan, asi como á los habitantes de todas las naciones de Europa, en aquellas épocas lejanas, como bárbaros feroces, insociables con los extranjeros y aun entre sí mismos, viviendo como fieras, dispersos por los bosques, sin policía, sin ciencias ni artes y sin mas deseos que los que escitan las primeras necesidades de la naturaleza. Hombres tales no usarian de otras palabras que las significativas de seres físicos á que estaban únicamente ceñidos sus pensamien-

tos, y es lo mas probable que hablarian tantos idiomas ó dialectos, cuantas fuesen las pequeñas é incomunicadas aldeas en que estaban divididos. Con muy cortas escepciones, subsistió España en este estado de rusticidad y barbarie hasta la conquista de los romanos, que llevándose el oro, plata, y mas riquezas que encerraba en sus entrañas, la dejaron en cambio, las ciencias, artes, la civilizacion y cultura con todas sus inmensas ventajas. Verificado tan gran cambio, los españoles hubieron de abandonar su rudo y bárbaro lenguaje, ya porque no podia prestarles palabras con que espresar los conocimientos nuevamente adquiridos, ya porque su instruccion y civilizacion les hiciera conocer su pobreza y groseria, y la nobleza, riqueza y suavidad de la lengua del Lacio, que á poco tiempo se hizo general en España, asi como las leyes, trages, usos y costumbres de los romanos. La política de estos célebres conquistadores del mundo, que supieron conciliarse el amor de los españoles, fué tambien la causa de la pasmosa y rápida propagacion de la lengua latina y del total olvido de la primera; solo los cántabros por la posicion topográfica de su pais, que lo hacia casi inespugnable ó por su mayor rusticidad, causas poderosas que retardaron su conquista por muchos siglos, conservaron su antiguo idioma, que como dijimos fué el general de España segun opinion de varios eruditos. Muchos criticos españoles como Séneca, Marcial, Pomponio Mela y otros, contribuyeron con sus elocuentes escritos, que aun hoy dia pueden citarse como modelos del lenguaje mas puro y elegante, á propagar y radicar el latin.

Las lenguas, del mismo modo que las ciencias y las artes, siguen la suerte de los imperios, nacen, crecen y menguan con ellos. Asi vemos que cuando Roma caminaba á largos pasos á su ruina, el latin empezó á corromperse y á decaer de su belleza, en especial á principios del siglo V, cuando multitud de naciones bárbaras invadieron las provincias del imperio, particularmente á España, donde echaron los cimientos del robusto edificio de la monarquia que aun subsiste. Este acontecimiento, uno de los mas grandes que la historia nos muestra, no destruye como parecia necesario el lenguaje latino para dar lugar al de los bárbaros vencedores, pues domiciliados en Italia largo tiempo, y dulcificadas algun tanto sus costumbres por la saludable influencia que la mayor civilizacion ejercia sobre ellos, adoptaron la lengua de los vencidos, si bien hicieron uso de una pronunciacion brusca y áspera é introdujeron algunas palabras de mal gusto (1). Los españoles, pues, en todo el tiempo que duró la dominacion goda hablaron el mismo idioma que los romanos, el que subsistió sin notable variacion hasta la venida de los árabes. Esta fué la época en que se verificó la grande revolucion en el latin español, especialmente en las provincias meridionales, donde al paso que este idioma iba perdiendo terreno, lo ganaba el árabe que se radicó allí

(1) Aunque militan muchas razones para creer que el vasconce es en efecto la lengua primitiva, ó al menos una de las primitivas que se usaron en España, no podemos adoptar la opinion de que sea la que hablaban los fenicios, pues estos comerciantes conquistadores no llevaron sus conquistas y establecimientos mas allá de las costas de lo que hoy llamamos Andalucía y Valencia, por lo que no se entenderia su lenguaje á paises tan distantes como Vizcaya.

(1) Los godos intercalaron en el lenguaje latino-español, varios vocablos para espresar oficios determinados del Palacio, tales como *Comes Scanciarum* (efe de los que servian la comida al rey). *Comes Sptahariorum* (especie de escudero que llevaba la espada del rey), próceres, gardingos, savones y otros varios. Tambien hicieron alteraciones en los nombres de muchas ciudades como Barcino á quien llamaron Barcinona, Pompelo Pampilona, Tarraco Tarracona, y asi de otras muchas.



enteramente, de tal modo que en el siglo IX era ya la lengua vulgar de los cristianos muzárabes, á los que era también familiar la hebrea, llegando á tal el abandono del idioma latino, que lo ignoraban la mayor parte de los clérigos y monjes muzárabes, para los que fué necesario hacer una traducción árabe del Evangelio y de la colección de cánones españoles. Mas á los valientes cristianos que se agruparon en torno de la bandera alzada por Pelayo en Covadonga, estaba reservada la gloria, no solo de restaurar la independencia y la libertad de la patria, sino también la de crear un idioma nacional. Debemos confesar sin embargo, que este tuvo origen de la negligencia y descuido de los vasallos de los belicosos reyes de Asturias, que ocupados solo del manejo de las armas, olvidaron las artes y las ciencias, y por consiguiente todas las reglas gramaticales, que eran observadas únicamente por algunos monjes. De aquí la descomposición completa de la lengua del Lacio que decayó enteramente. De este latín degenerado y corrupto, encontramos una muestra en la lápida de la iglesia de Santa Cruz de Cangas, del tiempo de Fabila, ó en la escritura de fundación de Covadonga, otorgada por su sucesor Alfonso I el Católico.

En estos escritos de los primeros tiempos de la restauración, vemos ya mezcladas algunas frases que figuraron después en el habla castellana. La que usa Alfonso el Casto en su privilegio, siendo naturalmente la mas culta de la sociedad en que vivía, ya es una jerga que carece del régimen latino, y como leer y escribir era á la sazón un fenómeno, aquel idioma hubo de ir descendiendo y alterándose de varios modos, tanto en las palabras como en su pronunciación, colocación y orden, hasta que llegó un tiempo en que se consultó ya como un nuevo lenguaje, al que se llamó *román*, nombre derivado ó del árabe *alromi* que los moros daban á los cristianos que lo hablaban, ó porque era un idioma construido con las ruinas de la lengua romana. Hasta muy entrado el siglo XII no podemos mirar el romance como un verdadero lenguaje distinto del latín, pues entonces comenzó á usarse en los instrumentos y escrituras particulares, pero aunque fuese ya un idioma era informe, tosco, duro en sus terminaciones, vicioso en su construcción, desnudo de toda cultura y armonía. Varias circunstancias políticas vinieron á robustecerlo con un copioso número de vocablos árabigos y franceses, en el célebre reinado de Alfonso VI; pues cuando este rey llevó á cabo la atrevida empresa de la conquista de Toledo, vinieron á militar bajo sus banderas multitud de guerreros de toda la cristiandad, y en especial de Francia, que ó por mas vecina ó mas belicosa, tomó mas parte en aquella cruzada que las demás naciones europeas. El rey de Castilla recompensó los servicios de los franceses con desusada largueza, pues habiéndose establecido muchos en Castilla, les concedió señaladas mercedes, tales como tener juez particular de su nación y fuero especial muy privilegiado; de aquí el origen de las palabras castellanas, Franco, Franqueza, Franquicia, Franquear y otras. Con tan decidida protección y circunstancia especial de ser franceses la reina (1), el legado del papa, los tres yernos del rey, el arzobispo de Toledo, los monjes de Sahagún y de otras partes; los francos formaron una clase numerosa y distinguida, y la influencia francesa lo invadió todo en Castilla. Trages, costumbres, liturgia, cánones y hasta los caracteres de escribir, todo era francés (2). Generalizada la letra francesa, los privilegios y principales documentos se escribían por mano de *peñolistas* franceses que in-

rodujeron en ellos muchas palabras de su país, de lo que hay repetidas muestras en el poema del Cid, en las obras de Berceo y en los fueros antiguos de varias ciudades, en los que se hallan á cada paso *tiesta* por cabeza, del francés *teste*; en *detalle* y en *gros*, en lugar de por mayor y menor; *avant* por antes; *a res* por cerca, etc. etc. Todo lo que acabamos de decir, explica las causas de haberse adoptado en el lenguaje castellano muchos vocablos franceses, los que no le alteraron en mucho, pues eran derivados también del latín, padre común de ambas lenguas castellana y francesa, aunque lo embellecieron porque eran mas pulidos y elegantes, pues los franceses aventajaban en mucho á los españoles en el estudio y cultivo de la lengua latina.

Al rico y armonioso idioma árabe tocó también la gloria de concurrir á la formación del castellano, al que dotó de multitud de frases. La razón de esto es bien obvia, pues mejorada la posición de los estados de Castilla á fines del siglo XII y principios del XIII, por las continuas victorias de Alfonso VIII y de San Fernando, comenzó á dejarse sentir el benéfico influjo de la paz, que trajo en pos de sí el comercio, la industria y la abundancia. Las artes empezaron á cultivarse, y como los castellanos, entregados hasta entonces exclusivamente á la guerra, ignoraban la mayor parte de los signos que la lengua latina les mostraba para representar aquellas, acudieron á la que hablaban los árabes que les era mas familiar, y que en aquella época habia llegado al mas alto grado de perfección, como nos enseñan las numerosas obras de gramática, poesía, historia, filosofía, astronomía, agricultura, etc., que de aquel tiempo nos restan, y que acreditan la cultura de la nación mora. Los reyes de Castilla contribuyeron mucho á entender y familiarizar la lengua árabe, por los privilegios concedidos á los moros domiciliados entre sus vasallos: entre otros, gozaban como los francos en las poblaciones de importancia, el de tener juez de su nación. Mezcladas las propiedades de los moros con las de los cristianos, eran muy frecuentes entre ambos pueblos las ventas, compras, enlaces (1) y todo género de relaciones. De aquí procedió el reinar tal armonía entre unos y otros reyes, que los de Córdoba y Granada solían confirmar privilegios despachados por los de Castilla, quienes consentían en sus estados que los moros sirviesen de testigos en las escrituras públicas. Estos firmaban en árabe, aunque el instrumento estuviese redactado en castellano, que otras veces se escribía en árabe puro, ó ya en una y otra lengua, ó ya en castellano con caracteres árabigos, los cuales se ven también frecuentemente formando leyendas cristianas, y en las monedas de Castilla. Resulta, pues, de lo que acabamos de decir, que se introdujeron en el romance un gran número de voces árabes relativas á la legislación, tributos, medidas, ciencias y artes, monedas, ministerios públicos, etc. Entre las muchas que pudiéramos citar de las que figuran hoy día en el castellano, lo haremos de las de Aceite, Alfange, Abrebadero, Alcabala, Alférez, Alcaide, Alabarda, Algebra, Alguacil, Alcazar, Cama, Candil, Capote, Caramelo, Cenefa, Gabán, Mantilla, Máscara, Panderó, Saráo, Urraca, Zorra, pero donde encontramos mas repetidos los vocablos árabes, es en los nombres de ciudades, pueblos y rios; tales son, Medina Celi, Medina-Sidonia, Zahara, Ajofrin, Alhama, Jaén, Madrid, Beni-Maclet, Beni-Fasat, Beni-Casi, Guadalajara, Guadalete, Guadiana, Guadaloque, Guadalaviar,

(1) Aun antes de la época de que hablamos, y cuando reinaba el odio mas encarnizado entre ambos pueblos, eran muy frecuentes los matrimonios mistos de moros y cristianos. Entre los muchos ejemplos que pudiéramos citar, presentaremos el de doña Teresa hermana de Alfonso V de León con el rey moro de Toledo; el de Zaida hija de Benad rey de Sevilla con Alfonso VI, y el de la hija de Inigo Arista rey de Navarra, con el rey moro de Huesca.

(1) Doña Constanza II muger de Alfonso VI era hija de Roberto duque de Borgoña, Elvira, Urraca y Teresa hijas del rey, tenían por esposos al conde de Tolosa, á Raimundo de Borgoña, y á Enrique de Lorena, todos franceses.

(2) Alfonso VI prohibió en los instrumentos públicos los caracteres góticos y mandó se usasen en su lugar los franceses ó lombardos.



Guadalquivir (1). Reasumiendo lo que llevamos dicho hasta aquí, resulta que el language castellano se formó con los restos del latín, y con muchos dones del árabe y del vascuence. De las muchas palabras tomadas ó derivadas de esta antigua lengua, presentamos las siguientes escogidas del catalogo publicado por el erudito padre Larramendi. Abanderado, Abarca, Adarga, Alabastro, Bachiller, Bastardo, Breñas, Barco, Bateria, Batalla, Cabaña, Cámara, Camino, Capilla, Caracol, Codicia, Dama, Danza, Doncella, España, Elemento, Ermita, Embuste, Escarcela, Fanfarron, Farsante, Foso, Galera, Ganso, Gusto, Hacienda, Igual, Iruision, Javalina, Jardin, Lacayo, Ley, Liberal, Madera, Mar, Medalla, Obediencia, Osadia, Pabellon, Querella, Regalo, Reino, Sarmiento, Timbre, Vega, Voz, Zanahoria.

Las palabras griegas que se encuentran en castellano, como Amen, Fariseo, Jubileo, Cabalista, Serafin, son tomadas del idioma latino, que las recibió del griego, de donde es derivado; y las hebreas, Tacaño, Mezquino, Récula, Zamarra y otras de la lengua árabe, que como todos saben, es un dialecto del hebreo.

El instrumento mas antiguo que se conserva escrito en lengua castellana, es la carta puebla ó fuero de Avilés, villa de Asturias, otorgada por el emperador don Alfonso VII en 1140 (2). Este notabilísimo documento, así como algunos otros sus contemporáneos, y que presentan la transición de una lengua á la otra, están formados con palabras latinas y castellanas, mezcladas sin orden alguno, lo que da á tales escritos una fisonomía en extremo ridícula. El poema del Cid data de la misma época que los fueros de Avilés, y es al propio tiempo que el primer libro escrito en castellano, la primera muestra de poesía, que ruda y barbara al nacer, debía ya en el siglo siguiente aparecer brillante, engalanada y florida, por medio de la bien cortada pluma de Alfonso el Sabio, y conquistar eterna celebridad á tantos ingenios españoles que la cultivaron en los siglos siguientes.

La época mas gloriosa para la monarquía y lengua castellana, fué el reinado de Fernando III, pues tan santo como político, tan bravo guerrero como hábil legislador, no solo plantó el pendon de Castilla en Córdoba, Jaén y Sevilla, doblando la estension de sus estados, sino que dispuso se tradujese al romance los fueros de las ciudades, y dió principio al admirable código de las Partidas, grandioso monumento de civilización, legislación y buen language. La muerte no dió lugar al santo rey para dar cima á tan importante obra. Estaba reservada esta gloria á su hijo Alfonso X, el que dió el mayor impulso á el habla castellana, y eternizó su nombre cuando mandó en el año de 1210 hallándose en Sevilla, que todos los documentos y escrituras públicas se escribiesen en romance, con el objeto de que este idioma, grosero á la sazón, se generalizase y puliese. Consiguió cumplidamente este objeto el rey sabio, y enriqueció á la joven lengua con sus obras, ya en verso, ya en prosa, que aun hoy dia son tipos de buen language, pureza y elegancia. En los siglos XIV y XV se extendió y propagó el castellano, no solo por la citada providencia de don Alfonso, sino por las muchas obras poéticas ó prosáicas que empezaron á publicarse, como señal del despertar de las ciencias, dormidas por tanto tiempo. A fines del siglo XV comenzó una nueva época de ventura, civilización y cultura para España, y la lengua, así como el nombre de Castilla, llenaron la tierra, pues el comercio, descubrimientos, conquistas, y trato de los españoles con las naciones mas aventajadas en la civilización, en especial la Italia y Flan-

des, donde las musas se refugiaron luego que los turcos las arrojaron de Constantinopla donde tenían su asiento, causaron notabilísima revolución en las ideas de los españoles, que las multiplicaron prodigiosamente con el auxilio de la imprenta, admirable invención que nació tambien por aquel tiempo. Entonces se elevaron á las ciencias los célebres monumentos de Salamanca (1), Alcalá y Valladolid, de donde salieron tantos hombres eminentes por su saber, honra de nuestra patria, y que nos legaron en sus eruditos y elocuentes escritos, una muestra de la elegancia y magestad que el idioma castellano adquirió en aquella época, la mejor para España. De entonces datan algunas pequeñas alteraciones ó reformas en la lengua, tales como cambiar la conjunción *é* en *y*, la palabra *equador* por *iguador*, *hombre* por *home*, *ciudad* por *cibdad* etc. En el siglo XVII, el language castellano, siguiendo la suerte de la monarquía, decayó mucho de su antigua nobleza y magestad, y se generalizó un estilo hinchado y fanfarron que lo desfiguró y corrompió lastimosamente, hasta que á principios del siglo XVIII fué restaurado el buen gusto en el hablar y escribir, por el rey Felipe V, con la instalacion de la *Academia española*, cuerpo formado de personas eruditas, escogidas para la noble empresa de conservar pura la riquísima y sonora lengua castellana. Con la gramática y ortografía que aquella ilustrada corporacion publicó al poco tiempo de su formacion, fijó la escritura, la pronunciacion y la sintaxis, y con su gran diccionario erigió un monumento eterno al idioma castellano, hoy ya español tan extendido en el mundo, y que segun el ya citado padre Larramendi, consta de 13,563 vocablos radicales, de los que 3,585 son derivacion latina, 1,931 vascongada, 333 árabe, 973 griega, 90 hebrea y 2,786 de origen desconocido.

Creemos no desagradará á nuestros lectores les presentemos á continuacion una muestra de la prosa y verso castellanos de cada siglo, para formar una idea clara de su estado en su origen, y de sus progresos hasta los tiempos que alcanzamos.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

*Inscripcion que se conserva en la iglesia de Santa Cruz cerca de Cangas de Onis, que es la escritura mas antigua que existe en España desde la época de la entrada de los moros, y que puede servir de muestra del language español en el siglo VIII.*

Resurgit ex preceptis divinis hec mama sacra,  
Opere suo cum tum fidelibus votis.  
Perspicue clareat hoc templum obtutibus sacris  
Demonstrans figuraliter signaculum alme crucis.  
Sit Christo placens hec aula sus crucis tropheo sacrata,  
Quam famulis Fafila sic condidit fide probata  
Cum Froiliuba conjuge, ac morum prolium pignora nata.  
Quibus, Christe tuis muneribus sit gratia plena,  
Ac post hujus vite de curuma preveniat misericordia larga  
Hic valeas Kirio Sacratas ut altaria Christo.  
Dici revolutis temporis annis CCC.  
Seuli estati porruta perordium sexta  
Currente Era septingentesima suptuagessima quinta.

## SIGLO XII.

*Poema del Cid, de autor anónimo.*

Tu eres Rey de los Reyes e de todo el mundo padre  
A ti adoro é creo de toda voluñad

(1) Aunque esta célebre universidad se fundó en el siglo XIII por Alfonso IX, hablamos de ella en este tiempo por haber sido restaurada con mejoras por los Reyes Católicos, á los que debe el lustre y esplendor que la hizo conocida y acatada por todo el mundo científico.

(1) Medina en árabe quiere decir ciudad, *Guada* río y *Beni* casa de campo.

(2) Existe, en el ayuntamiento de Avilés; está escrita en un pergamino de vara y media de largo. El erudito P. Risco lo examinó en el siglo pasado.



E ruego a San Peydro que me ayude á rogar  
 Por mio Cid el campeador que Dios le curie de mal  
 Quando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar.  
 La oracion fecha la Misa acabado la han:  
 Salieron de la Iglesia ya quieren cabalgar  
 El Cid a Donna Ximena ibala abrazar  
 Donna Ximena al Cid la manol va a besar.  
 Lorando de los oios que non sabe que se far.  
 E el a las niñas tornolas a catar.  
 A Dios vos acomiendo lijas  
 E a la mugier é al Padre spiritual.  
 Agora nos partimos Dios sabe el ayuntar  
 Lorando de los oios que non vistes á tal.  
 Asis parten unos á otros como la uña de la carne.  
 Mio Cid con los sos vasallos pensó de cabalgar,  
 A todos esperando la cabeza tornando va  
 A tan gran dolor Pablo Minaya Alvar Fader:  
 Cid do son vuestros esfuerzos?  
 En buen hora nasguivistes de madre  
 Pensemos des ir conestra dia, esto sea de vagar  
 Aun todos estos duelos en gozo le tornaran,  
 Dios que nos dió las almas, consejo nos dara.

#### Fuero de Abilés.

Estos sunt los foros que den el Rey don Alfonso ad Abilies  
 quando la poblou par foro Sancti Facunde et otorgola Emperador.  
 En primo per Solar prender un sol a lo Ren et dos dineros a lo  
 Sayo en cada ano un sol en censo per lo solar, et qui lo vendes  
 de un sol a lo Ray, et qui lo comparar dará dos dineros a lo Sayo,  
 et si uno solar si partir, en quantas sortes si partir tantos solidos  
 dará, et quantos solares si tornaren in uno, uno censo daran. De  
 casa no morar et fogo facer, dará un sold. de fornage, et fara forno  
 qui quisier. Home poblador de Abilies quanta heredad poder com-  
 parar de fora de tierras de villas seia franca de levar on quisier et  
 de vender, et de dar, et de facer de ella zó que il placer, et non  
 fana per ella ninguno servicio. E ne quiso home non pose en casa  
 de home de Abilies sine suo grado, sinon per suo grado pausar a  
 forceia pausar, defendui cum suos veideros quanto poder. En estos  
 foros quam deo, Rey don Alfonso, et otorgon quam homes de  
 Abilies non vadant in fossado, si el mismo non fuisse cercado, vel  
 lide campal non habeat, coma de quantos reis que port el viasent;  
 et si el acercado fore, vel lide campal habicise des qua les pregoneros  
 fuisent per illa terra quam non exissent homes de Abilies non fuis-  
 sent in forado ata que non visent tota illa gente motuda peyon et  
 caballario de boca de valcaer ata Leo. Et que illos pasados serant,  
 nori exeant ata tercio dia, et illos mayorinos que illo Rey pose  
 siant vecinos de illa villa, et un franco, et un Gallego que i los  
 ponga per laudamento de illo concello que demandent los directos  
 don Rey, et tengant los vecinos eo foro et altro sic los sayones, et  
 quo modo tanto placera ad illo Rey que sedeat mayorino non se-  
 deat expatado, et si illo non goiesierit, non sedeat mayorino.

#### SIGLO XIII.

##### Poema sagrado de Berceo.

Yo maestro Gonzalo de Berceo nominado  
 Yendo en romeria caeci en un prado  
 Verde é bien senudo, de flores bien poblado,  
 Logar cobdiciad ver o para un home cansado.  
 Daban olor soleio las flores bien olientes  
 Refrescaban en home las caras e las mientes,  
 Manaban cada canto fuentes claras corrientes  
 En verano bien frias, en invierno calientes.

#### Libro de las Querellas de Alfonso el Sábio.

A ti Diego Perez Sarmiento, leal  
 Cormano e amigo e firme vasallo,  
 Lo que a mis homes por enita les callo  
 Entiendo decir plañendo mi mal:  
 A ti que quitaste la tierra é cabdal  
 Por las mias haciendas en Roma y allende,  
 Mi pendola vucla, escuchala dende.  
 Ca grita doliente con fabla mortal.  
 Como yace solo el rey de Castilla,  
 Emperador de Alemania que foe  
 Aquel que los reyes besaban el pie.  
 E Reynas pedian limosna é manilla!  
 El que de muerte mantubo en Sevilla  
 Diez mil de acaballo é tres dobles peones,  
 El que acatado en lejanas naciones  
 Foe por sus tablas e por su cochilla.

#### Libro de las Partidas por el Rey don Alonso el Sábio.

Segunda partida de como han de ser fechos los caballeros. Es-  
 pada es arma que muestra quatro significancas, que ya habemos di-  
 cho. E por que el que ha de ser Caballero, debe haber por derecho  
 aquellas quatro virtudes, establecieron los antiguos, que recibiesen  
 con ella orden de caballeria e non con otra arma e esto ha de ser  
 fecho en tal manera, que pasada la vigilia, luego que fuere de dia,  
 debe primeramente, oír su Misa, e rogar a Dios, que le guie sus  
 fechos para su servicio. E despues ha de venir el que le ha de fa-  
 cer Caballero, e preguntarle, si quiere reseibir orden de caballeria,  
 e si digere si hale de preguntar, si la materna assi como se debe  
 mantener; e despues que gelo otorgare, debele calzar las espuelas,  
 o mandar a algun caballero, que gelas calze. E esto ha de ser,  
 segund que el ome fuere é el lugar que toviere.

#### SIGLO XIV.

##### Poesias amorosas del Arcipreste de Hita.

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,  
 Donegil muy lozana, placentera et fermosa  
 Cortes et mesurada, falaguera, donosa,  
 Graciosa et risueña, amor de toda cosa.  
 Señora doña Venus, muger de don Amor  
 Noble Dueña, omillome vo vuestro servidor,  
 De todas cosas soles vos el amo y señor,  
 Todos vos obedescen como a su facedor.  
 Reyes Duques, et Condes é toda criatura  
 Vos temen é vos sirven como a vuestra fechura,  
 Complid los mios deseos, et dadme dicha e ventura  
 Non me seades escasa, nin esquivia nin dura,  
 So ferido é llagado, de un dardo so perdido,  
 En el corazon lo traigo encerrado et ascondido;  
 Non oso mostrar la laga, matarme a si la olvido  
 E aun decir non oso el nombre de quien me ha ferido.  
 El color he perdido, mis sesos desfallecen  
 La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen  
 Si vos non me valedes mis miembros desfallecen.

#### Crónica de Pero Lope de Ayala.—Como el Rey don Pe- dro salió de Montiel, é murió.

E estonce el rey don Enrique conoscíole, e fíriole con una  
 daga por la cara: e dicen que anos á dos el rey don Pedro e el  
 rey don Enrique cayeron en tierra, e el rey don Enrique le  
 firió estando en tierra de otras feridas. E allí murió el rey don  
 Pedro á veinte é tres dias de marzo de este dicho año: e fué luego  
 fecho grande ruido por el Real, una vez diciendo, que se era ido  
 el rey don Pedro del castillo de Montiel; e luego otra vez en como  
 era muerto. E murió el rey don Pedro en edad de treinta é cinco



años, e siete meses: ca nació año del señor de mil e trecientos e treinta e tres, e regnó año del señor de mil e trecientos e cincuenta e finó año del señor de mil e trecientos e sesenta e nueve.

E fué el rey don Pedro asaz grande de cuerpo, e blanco e rubio, e cecaba un poco en la fabla. Era muy cazador de aves. Fué muy sofridor de trabajos. Dormía poco e amó mucho mugeres. Fué cobdicioso de allegar tesoros e joyas, tanto que se falló despues de su muerte que valieron las joyas de su cámara, treinta cuentos en piedras preciosas, e aljofar, e bajilla de oro e de plata, e en paños de oro e otros aportamientos. E mató muchos de su reino, por lo cual le vino todo el daño que avedes oido. Por ende diremos aqui lo que dixo el profeta David: *Agora los reyes aprended, e sed castigados todos los que juzgades el mundo*: ca grand juicio, e maravilloso fué este, e muy espantable.

## SIGLO XV.

*Coplas del Laberinto de Juan de Mena.*

Tanto anduvimos el cerco mirando  
A que nos hallamos con nuestro *Mazias*,  
Y vimos que estaba llorando los dias  
En que de su vida tomó fin amando;  
Llegué mas acerca turbado yo cuando  
Vi ser un tal hombre de nuestra nacion,  
Y vi que decia tal triste cancion,  
En elegiaco verso cantando.  
Amores me dieron corona de amores  
Para que mi nombre por mas bocas ande  
Entonces no era mi mal menos grande  
Quando me daban placer sus dolores:  
Vencen el seso sus dulces errores,  
Mas no duran siempre segun luego aplacen  
Y pues me hicieron del mas que vos hacen  
Sabed al amor desamar amadores  
Huid un peligro tan apasionado.  
Sabed ser alegres, dejad de ser tristes,  
Sabed servir á quien tanto servistes,  
A otro que á amores dad vuestro cuidado.

*Querrela de amor del marqués de Santillana.*

Ya la gran noche pasaba  
E la luna sescondia:  
La clara lumbre del dia  
Radiante se mostraba:  
Al tiempo que reposaba  
De mis trabajos e pena  
Oí triste cantilena  
Que tal cancion pronunciaba.  
Amor cruel e brioso,  
Mal haya la tu alicia  
Pues no faces igualdad  
Seyendo tan poderoso.  
Desperté como espantado  
E miré donde sonaba  
El que d' amor se quejaba  
Bien como damnificado:  
Vi un hombre ser llagado  
De gran golpe de una flecha  
E cantaba tal endechia  
Con semblante atribulado.

*El libro del Passo honroso de Suero de Quiñones.*

Estando pues el nuestro muy alto e muy poderoso rey de Castilla e de Leon don Juan el II, con la muy ilustre, e muy esclarecida, virtuosa e discreta señora doña Maria su muger, e con el excelente principe su hijo e heredero don Enrique, e con el mag-

nifico e famoso señor don Alvaro de Luna su criado, maestre de Santiago e condestable de Castilla, e con assaz de muchos otros omes ilustres, prelados e caballeros de su magnifica corte en la noble villa de Medina del Campo, viernes primero dia de enero del año de mil e cuatrocientos e treinta e cuatro del Nacimiento de nuestro Redentor a la primera hora de la noche poco mas ó menos; estando en su sala en grandes fiestas e gasajado el honorable caballero Suero de Quiñones con los otros nueve caballeros e gentiles-omes de juro nombrados, armados todos en blanco, muy discretamente e con muy homilde reverencia, llegó a donde el señor rey sentado estaba, e besandole pies e manos, con un faraute, que descian Avanguardia, le presentó una peticion fecha en la siguiente guisa. Deseo justo e razonable es, los que en prisiones, ó fuera de su libre poder son desear libertad; e como yo vassallo e natural vuestro sea en prision de una señora de gran tiempo aca, en señal de la qual todos los jueves traygo a mi cuello este fierro, segund notorio sea en vuestra magnifica corte, e reynos e fuera dellos por los farantes, que la semejante prision con mis armas han llorado. Agora, pues, poderoso señor, en nombre del apostol Santiago yo e concertado mi rescate, el qual es trescientas lanzas rompidas por el asta con fierros de Milan, de mi e destos caballeros, que aqui son en estos arneses, segun mas complidamente, en estos capítulos se contienen, rompiendo con cada caballero ó gentil-ome que alli verá, tres, contando la que ficiere sangre, por rompida en este año, del qual hoy es el primero dia.

## SIGLO XVI.

*1. Egloga de Garcilaso de la Vega.*

Por ti el silencio de la selva umbrosa  
Por ti la esquividad y apartamiento  
Del solitario monte me agradaba:  
Por ti la verde verba, el fresco viento  
El blanco lirio y colorada rosa  
Y dulce primavera deseaba.  
¡Ay cuanto me engañaba!  
¡Ay cuán diferente era  
Y cuán de otra manera  
Lo que en tu falso pecho se escondia!  
Bien claro con su voz me lo decia  
La siniestra corneja repitiendo,  
La desventura mia.  
Salid sin duelo lágrimas corriendo.

*Profecía del Tajo de Fr. Luis de Leon.*

Folgaba el rey Rodrigo  
Con la hermosa Cava en la ribera  
De Tajo sin testigo;  
El pecho sacó fuera  
El rio, y le habló de esta manera:  
En mal punto te goces  
Injusto forzador, que ya el sonido  
Oyo ya, y las voces  
Las armas y el bramido  
De Marte, de furor y ardor ceñido.  
¡Ay! esa tu alegría  
¡Qué llantos acarrea y esa hermosa  
Que vió el sol en mal dia  
A España ¡ay! ¡cuán llorosa,  
Y al cetro de los godos cuán costosa!  
Llamas, dolores, guerras,  
Muertes, asolamientos, fieros males  
Entre tus brazos cierras,  
Trabajos inmortales  
A ti y á tus vasallos naturales.



*Crónica de España por Ambrosio de Morales.*

Aunque son muchas y diversas las cosas, que ennoblecen una provincia, y la hacen ilustre y excelente entre las otras: mas ninguna llega á hacerla tan aventajada, ni le puede dar tanta gloria y fama, como el haber tenido muchos hombres señalados y excelentes en todas las cosas, que con razon se estiman en el universo. La blandura del cielo, la templanza del aire, la fertilidad de la tierra, la riqueza de los metales, la comodidad de las contrataciones, con el abundancia de todas las cosas necesarias para la vida humana, no son parte para engrandecer una region, si le faltan hombres señalados en prudencia, en esfuerzo, y en todo género de virtud y buenas disciplinas: lo cual solo la puede levantar y subir á lo mas alto, donde es posible ser ensalzada su estima y su reputacion.

Las historias divinas y humanas están llenas de egemplos de esto para que no sea necesario traer aqui ninguno en particular. Y la razon manifesta lo da bien á entender sin ellos. Por que como el hombre es tan sin comparacion mas excelente que todas las otras cosas criadas: así la tierra que se extrema y aventaja en producir los mejores y mas notables: esa será la que merece ser mucho estimada y en mas tenida.

## SIGLO XVII.

*Poema de la Circe, de Lope de Vega Carpio.*

Ya la discordia por muger nacida  
De la hermosura fácil y el desseo,  
En sangre, en fuego, y en furor teñida,  
Y esparcido el cabello meduseo,  
De la llama fatal de la encendida  
Misera Troya, en hombros de Apogeo,  
Vestida de una nube polvorosa  
Miraba la tragedia lastimosa,  
Ya caminaba fugitivo Eneas,  
Incrédulo á la flecha de Laoconte,  
Con los penates y las sacras deas,  
Que trasladó por varios horizontes.

*A la armada de Felipe II, por Góngora.*

Levanta España tu famosa diestra  
Desde el francés Pirene al monte Atlante  
Y al ronco son de trompas belicosas  
Haz envuelta en durísimo diamante,  
De tus valientes hijos feroz muestra  
Debajo de tus señas victoriosas;  
Tal que las flacamente poderosas  
Tierras, naciones contra su fé armadas,  
Al claro resplandor de sus espadas  
Y á la de sus arneses fiera lumbre  
Con mortal pesadumbre  
Ojos y espaldas vuelvan,  
Y como al sol las nieblas se resuelvan.

## EDAD DE ORO.

*Miguel de Cervantes Saavedra en el Quijote.*

¡Dichosa edad, y siglos aquellos á quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados! Y no por que en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzare en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino por que entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras, tuyo y mio. Eran en aquella edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban con-

vidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas le ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban sus repúblicas las solícitas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoces despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaran á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. Aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra piadosa madre; que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces si que andaban las simples y hermosas zagalejas, de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quienes la púrpura de Tiro, y la por tantos miedos martirizada seda encarecen; sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretegidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas, con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.

## SIGLO XVIII.

*A las Naves destruidas de Hernan Cortés, por don Nicolás Moratín.*

Canto el valor del capitán hispano,  
Que echó á fondo la armada y galeones  
Poniendo en trance sin auxilio humano,  
De vencer ó morir á sus legiones:  
El que holló el ancho Imperio Mejicano  
A pesar de tan bárbaras naciones,  
Empresa digna de su aliento solo,  
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo  
Y tu sacra Pieride, si alguna,  
Hay en Parnaso por feliz destino,  
Que á engrandecer la hispánica fortuna  
El hado dichosísimo previno:  
Mi pecho enciende en llama cual ninguna,  
Vierte en mi labio cántico divino,  
Que está esperando la impaciente España  
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

*Letrilla de Cadalso.*

De este modo ponderaba  
Un inocente pastor  
A la ninfa á quien amaba  
La eficacia de su amor.  
¿Ves cuantas flores al prado  
La primavera prestó?  
Pues mira, dueño adorado,  
Mas veces te quiero yo.  
¿Ves cuanta arena dorada,  
Tajo en sus aguas llevó?  
Pues mira Filis amada  
Mas veces te quiero yo.

*Arte poética de Luzan, argumento de la Iliada.*

Tenian puesto sitio á la ciudad de Troya los príncipes griegos confederados para aquella empresa bajo la conducta de su común caudillo Agamemnon. Uno de los principales cabos del ejército griego y el mas valiente de todos era Achilles. Lijo de Peleo y Thetis, que á vuelta de un extraordinario valor, tenía un genio



por extremo colérico y vengativo, y no quería reconocer otro superior ni otras leyes que su gusto y su espada. Agamemnon, poco advertido, le hace un agravio muy sensible: quítale violentamente una esclava llamada Briseis muy estimada de Achiles, y al mismo tiempo le dobla el agravio tratando con menosprecio en su presencia á Chrisies, sacerdote de Apolo. Achiles arrebatado de su genio y de su cólera, se retira á sus tiendas con ánimo de no pelear jamás por los suyos, y de hacer ver á Agamemnon cuanto montaba la falta de aquel á quien había tan imprudentemente agraviado. Saben esta discordia los troyanos, y saliendo de su ciudad, hacen un horrible estrago en los griegos ahuyentándolos y persiguiéndolos hasta sus mismas naves. El valiente Hector y los demas caudillos troyanos no hallaban faltando Achiles, quien se pudiese oponer á su valor y ardimiento. Conociendo los griegos la causa de sus muchas pérdidas, intentan, aunque en vano, por varios modos y con diversos partidos ablandar el obstinado enojo de Achiles; mas él persiste inflexible, mirando con placer el estrago de los suyos. Finalmente, las desgracias de los griegos alcanzan tambien al mismo Achiles, porque habiendo dado licencia á su íntimo amigo Patroclo para armarse con sus armas, y para entrar en la pelea en socorro de los griegos, como con las armas no le pudo dar tambien su valor y su esfuerzo, muere en el combate á manos del valeroso Hector. Este caso venció la obstinación de Achiles, y lo que no pudieron acabar con él la consideración del bien público, y las satisfacciones de Agamemnon, ni los ruegos de todos, lo consiguió la pasión propia, y el sentimiento de la muerte de un amigo. Reconciliase, pues, con Agamemnon, y embistiendo furioso á los troyanos con ansia de vengar la muerte de Patroclo, los derrota y desbarata, y encontrándose con Hector, le mata cuerpo á cuerpo, privando con esta muerte á los troyanos de su mas firme defensor, y de su mas esforzado caudillo: y no contenta su crueldad y su bárbaro genio con esta venganza, atando detras de su carro el cuerpo de Hector, le arrastra por tres veces en torno á las murallas de la infeliz Troya. Celebra despues, por cumplir con su amistad, las mas solemnes exequias en el entierro de Patroclo, hace las amistades con Agamemnon, que le restituye intacta su esclava; y calmando su enojo entrega el cadáver de Hector á su padre Priamo.

## SIGLO XIX.

*Poesias de Quintana. A Guzman el Bueno.*

¿Cantara yo las haces españolas  
En Pirene temblando al eco horrendo,  
Con que Mavorte en rededor rugia?  
¿O á las naves británicas huyendo  
Nuestra misera escuadra entre las olas,  
Amedrentadas ya con su osadía?  
No, España, patria mia:  
No son eternas, no, las torpes huellas  
Que de tu noble frente  
Empañan el honor: tú en otros dias,  
Con victorioso patriotismo bellos,  
De gloria ornada y esplendor te vias.  
¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?  
Entonces los Alfonsos esforzados,  
El hijo de Ximena, y gran Rodrigo,  
Rayos horribles de la gente mora,  
Con sus nervudos brazos no cansados  
Desolacion del bárbaro enemigo  
Eran siempre en la lid espantadora.  
¿Quién diera á mi deseo  
Tantos lauros contar? Cada llanura  
Fué campo de batalla,  
Cada colina vencedor trofeo:  
Los sitios mismos que el baldon miraron,  
Miraron la venganza, y las afrentas  
En torrentes de sangre se lavaron.

Así será que la esperanza mia  
Un hombre solo á contrastar se atreva?  
Oye, Guzman: las leyes del destino  
Esta prenda infeliz de tus amores  
A mi venganza dieron:  
Hijo es tuyo, ¿le ves? si en el momento  
Ante mis pies no allanas  
La firme valla del soberbio fuerte,  
Tú que le diste el ser, tú le das muerte.  
Así la iniquidad habla á la tierra,  
Cuando de orgullo y de poder henchida  
Mueve á los hombres espantosa guerra.  
¡Oh! ¡no tembleis! magnánima á su encuentro  
La virtud generosa se levanta  
Y sus soberbios impetus quebranta:  
Ella elevó á Guzman: de ella inspirado,  
Conóceme, tirano, respondia:  
Y si es que espada en tu cobarde mano  
Falta á la atrocidad, ahí va la mia:  
Que yo consagro mi inocente hijo  
Sobre las aras de mi patria amada.  
Esto sereno dijo,  
Y arroja al campo la fulminca espada.

*Cantos del Trovador, por Zorrilla.*

Y así diciendo la apenada Blanca,  
Con iracunda mano  
Los bellos rizos de su frente arranca  
Y ofende su semblante soberano,  
Maldiciendo á la faz del peregrino  
La injusticia fatal de su destino.  
Hasta que él sujetándola los brazos  
Y teniéndola en nudo cariñoso  
Asida dulcemente,  
Con amorosa voz y acento amigo  
La dijo así teniéndola consigo:  
Serena hermosa mia  
Serena, si, tus ojos de paloma,  
Que ya feliz de tu ventura el dia  
Por el oriente purpurino asoma.  
Escucha ¡Blanca bella!  
La voz enamorada  
De su libertador, y oirá en ella  
Tu alma acongojada  
Consoladora música encantada.  
Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remota  
Rico y feliz, pero la suerte avara  
Dicha muy breve me vendió muy cara:  
Todas al fin mis esperanzas rotas  
Juguete de la suerte, me halle un dia,  
Y en brazos me lancé de la fortuna  
De ella y de mí sin esperar ninguna.  
Largo tiempo á través de las fatigas  
Entré cruzando el arenal del mundo  
Ya por campo feraz rico de espigas,  
Ya por campo erial lleno de espinos,  
Ya por montaña estéril,  
Ya por valle fecundo  
Surcando por arroyos cristalinos,  
Del invierno arrojando los furores  
Y espuesto del verano á los ardores.  
Pase al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!  
Y al punto en que te vi, ciego y sin tino  
Corriendo tras tu huella luminosa  
Perdí mi pensamiento y mi camino.



*Historia de la revolucion de España, por el conde de Toreno.*

La turbacion de los tiempos, sembrando por el mundo discordias, alteraciones y guerras, habian estremecido hasta en sus cimientos antiguas y nombradas naciones. Empobrecida y desgobernada España, hubiera al parecer debido antes que ninguna ser azotada de los recios temporales que á otras habian afligido y revuelto. Pero viva aun la memoria de su poderío, apartada al acaso, y en el continente Europeo postrera de las tierras, habiase mantenido firme y conservado casi intacto su vasto y desparramado imperio. No poco y por desgracia habian contribuido á ello la misma condescendencia y baja humillacion de su gobierno, que ciegamen-

te sometido al de Francia, fuese democrático, consular ó monárquico, dejábase este disfrutar en paz hasta cierto punto de aparente sosiego, con tal que quedasen á merced suya las escuadras, los ejércitos y los caudales que aun restaban á la ya casi aniquilada España.

Mas en medio de tanta sumision y de los trastornos y continuos vaivenes que trabajaban á Francia, nunca habian olvidado sus muchos y diversos gobernantes la politica de Luis XIV, procurando atar al carro de su suerte la de la nacion española. Forzados al principio á contentarse con tratados que estrechasen la alianza, preveian no obstante que cuanto mas onerosos fuesen aquellos para una de las partes contratantes, tanto menos serian para la otra estables y duraderos.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### EL ANGEL DE REDENCION.



Vámonos á Middlesex y figurémonos una bella tarde de otoño, tanto mas hermosa, cuanto que bajo el cielo húmedo y vaporoso de Inglaterra, el calor nunca tiene mucha fuerza ni duracion, solamente calienta y reanima sin quemar ni marchitar la verde flor de unos campos siempre frescos. El sol desaparece tras los elevados y copudos árboles de la floresta, la que tomando todo el aspecto de un bosque confuso y sombrío, no parece sino que pone un limite al horizonte, confundiendo la cima de estos arbustos con ondas de oro y púrpura. El sol, este globo radiante de fuego, descendia con sublime magestad, alumbrando la superficie del camino á la vez que ahuyentaba la espesa sombra que antes motivaba el apiñado conjunto de aquel frondoso ramaje. A la consideracion de este magnifico espectáculo, se hubiese creído que un volcan abrasador despedia sus esplendorosos rayos sobre la llanura, dejando ver el dorado fulgor de una luz diamantina. La menuda yerba que esmalta el suelo, aparece confusa entre mil colores; el amarillento cáñamo, la arena del camino vienen á reunirse al pie de la colina, formando una infinidad de reflejos caprichosos de luz y sombra; el mismo efecto se nota en las grutas y en las paredes de una quinta aislada, cuyos humildes cristales centellean como otros tantos espejos mágicos.

No á mucha distancia de la puerta principal, un carruaje que acababa de ser desenganchado; pero ocupado aun con maletas y otros efectos de viaje, y rodeado de un postillon y dos lacayos con libreas, anuncia que la quinta acaba de recibir huéspedes opulentos. Esto se apercibe mejor, adelantándose hacia el espresado parage. Todo era movimiento y ruido, lo mismo en el patio, que en el corral. Los perros de presa, salen fuera de sus nichos y ladran; los patos se refugian alejando en el estanque; las gallinas, asustadas, corren acá y allá como para dejar paso libre, criados y criadas van y vienen con apresuramiento: en la sala principal del piso bajo, el arrendatario,

hombre con todas las apariencias de un robusto campesino, y vestido con una ancha chaqueta de pieles, un pantalon de tela gruesa y tupida y con grandes botines, estaba de pie y con su gorra en la mano dirigiendo un tosco saludo y tan gracioso como lo permitian sus anchas espaldas, á su noble visita. Esta la componia un anciano y una joven, es decir, padre é hija, lo que era muy fácil de adivinar al primer golpe de vista; pero ni el uno ni la otra veian ni escuchaban al arrendatario, pues toda su atencion la ponian en la arrendataria que presentaba una bonita criatura, que apenas contaria un año; esta era una niña, blanca, rubia y con megillas de un sonrosado encantador, que aparecia envuelta entre paños limpios de muselina adornados con preciosos y variados encajes, y contribuia á realzar mas y mas la belleza de esta inocente criaturita el delicado collar de ambar y oro que suspendia su reluciente y torneado cuello. La joven lady no pudo contener su emocion, y cogiéndola con dulzura de los brazos de la arrendataria, se sentó y la puso sobre sus rodillas, meciéndola y abrazándola con aquella efusion de ternura que solo es dado á una buena y cariñosa madre. Sin embargo, esta era muy joven todavia aun para tener un niño de tan tierna edad, porque apenas contaba lady los diez y siete años. Adornaba su cabeza una reluciente mata de cabellos negros peinados y prendidos sencillamente; pero de una manera graciosa; el contorno de su linda cara era encantador; su pequeña boca en la que siempre se asomaba una dulce sonrisa revelaba una pureza virginal y el encanto de la adolescencia. Pero esta tez tan blanca, estaba pálida y sus brillantes ojos se veian cubiertos con el misterioso cendal de una lánguida melancolia. Su talle era tan flexible y delicado, que mirando esta muger, se experimentaba aquel sentimiento tierno y delicado, que inspira una flor preciosa y apenas entre abierta que se espera ver marchitar al ruidoso y devastador empuje del huracan.

Lady estaba enteramente preocupada con su hija.

—¿Ves, Olivia? dijo su padre; desde que Lily havenido á la quinta, ha comenzado á sentirse su mejoría; mira qué fuerte, qué robusta y que encarnada se ha puesto. Creo que no tendrás ocasion de arrepentirte por haber cedido á los consejos del doctor Simpron, que siempre nos estaba repitiendo, que el aire de los campos le era indispensable, y que lo mismo la madre que la hija no se restablecerian jamás mientras que Lily no disfrutase el aire puro y benéfico de esta florida campiña. En Londres continuamente enferma, y aqui mira que saludable está.

—¿Cáspita! señor mío; tambien consiste su salud en



lo bien cuidada que ha estado, interrumpió la arrendataria.

—No quiero negarlo, Magdalena, contestó el anciano; repito que no lo negaré, y añado que puede vd. contar con nuestro agradecimiento.

Olivia no dijo nada; pero dirigió hacia Magdalena una mirada bastante significativa para que esta no la dejase de comprender.

—¡Oh! puedo asegurar á vds., prosiguió Magdalena, que la quiero como si fuese hija mía, y no he tenido la dicha de darla á luz....

Olivia abrazó nuevamente á su hija.

—Y esto no es un vago decir, continuó Magdalena; porque puedo asegurar á vds. que yo recibo un consuelo muy grande abrazando á mi Lily, y hasta llego á figurarme que es hija mía.... señorita perdoneme vd., aunque estoy segura que me permitirá ese dulce desahogo. ¿No es verdad?

—¿Quién lo duda?

—Verdad, interrumpió el arrendatario. No les engañamos; bien seguro. La criatura está siempre lo mismo que la encuentran ahora, con sus gasas y sus encages.... ¡cáspita!.... ¡no que no!... es necesario hacer ver que ella es una pequeña lady. A fé mía que en la casa desde que amanece hasta que anochece, no se hace otra cosa mas que lavar su ropa, á fin de que se presente la niña con la limpieza que corresponde.

—Padre mío, dijo Olivia volviéndose hacia el anciano: mira como se rie. ¡Oh, si Alfredo la pudiese ver también!

—La verá cuando vuelva, y encontrará á su mujer y á su hija con salud... él que sufría tanto cuando os dejó sin ella!

Durante este diálogo y estas caricias maternas, creo que el arrendatario llegó á comprender que su presencia allí era enteramente inútil, y separándose un poco de los interlocutores miró maquinalmente por la ventana.

—Voy á ver si los caballos tienen todo lo que les hace falta, dijo en fin y se ausentó.

Ya hacia algun tiempo que el arrendatario estaba fuera cuando se oyó un ruido en el patio: los perros ladraban y casi al mismo tiempo se abrió la puerta de la sala y un hombre se presentó en ella sin saludar. Magdalena, que en este momento, estaba apoyada sobre el espaldar del sillón de Olivia, se enderezó al ruido y gritó con un movimiento de sorpresa y espanto.

—¡Ned Norton!

Este, á quien ella llamaba Ned Norton era un joven de una estatura bastante elevada, cuyo talle esbelto cubierto con un vasto *surtu* y ceñido á su cuerpo por un largo cinturón anunciaba lo mismo la fuerza que la flexibilidad del que ostentaba esta ruda vestimenta. Las facciones de su cara proporcionadas y un tanto hermosas, tenían una espresion singular de audacia, de indiferencia y de ironia. Una espesa mata de cabellos rubios, tostada por la lluvia y el sol y echada hacia atras, flotaba en desorden sobre su frente y sobre su cuello fatigado á causa del viento, el sol, el frio y el polvo. Sus ojos azules, claros y brillantes y tan atrevidos como inquietos, parecían que lanzaban rayos de luz. Anchos botines de cuero, un morral en su espalda, un grueso palo y nudoso en la mano y un trabuco, completaban su vestido, y su fisonomia no muy á propósito para inspirar confianza al pacífico caminante que le hubiese encontrado de noche en las espesuras de algun bosque.

Tanto Olivia como su padre miraron tambien al nuevo huésped con estraña admiración.

—Buenos dias, dijo Norton adelantándose hacia Magdalena y sin mirar á nadie mas. ¿Dónde está tu marido?

—En la cuadra, señor Norton, contestó Magdalena temblando, pero....

—Pero él no pondrá muy buena cara cuando me vea,

¿no es verdad? respondió Norton con ironia. Hé aqui precisamente por lo que yo vengo.

—Pero.... ¿qué sé yo? Tal vez habrá salido.

—¡Ah! pues entonces quiere decir que le esperaré.

—Norton, dijo Magdalena con aire de suplica. Ya sabe vd. lo que Tom le dijo la última vez. ¿A qué venir á buscar una nueva reyerta? Ruego á vd. que no le espere. ¿Para qué le quiere? digámelo á mi. Si es cosa que yo puedo dar, lo haré con mucho gusto.

—Si, ciertamente: ya sé que eres una buena muchacha; mas tú sola no puedes darme lo que yo vengo á buscar. Quiero hablar á tu marido: hace mucho tiempo que estoy sin dinero, que ando errante, sin amparo, sin abrigo de ninguna especie, y esto es menester que concluya pronto.

—Sin amparo, sin abrigo.... ¿Y quién tiene la culpa de eso? replicó Magdalena un tanto afligida. ¿Por qué no trabaja vd? Ya sería si quisiera, el mejor artesano del pais.

—¡Artesano! ¡Yo artesano! ¡No reflexionas nada, hija mía! interrumpió Norton con un tono de fiera, y un cierto aire de desden aristocrático que contrastaba singularmente con su vestido; pero que estaba en consonancia con la noble regularidad de sus facciones. ¿Trabajar! ¿Te mofas? ¿No soy yo una persona distinguida?

La arrendataria se encogió de hombros y prosiguió: —Los que han hecho conocer á vd. que era de un origenelevado, en vez de hacerle un beneficio le han perdido. Mírese bien, y vea en lo que le han convertido. ¿Cuánto mejor le valiera ser un honrado artesano y laborioso, que un....

La arrendataria se detuvo.

—¡Que un pícaro, que un bandido! Acaba: ¿no es eso lo que ibas á decirme? habló Norton dando á su semblante una espresion mas encolerizada y rabiosa. Sé muy bien lo que tú y tu marido pensáis de mí. Una cosa me decis cuando estoy aqui, y otra cuando no estoy. Pero, paciencia.... paciencia. Todo será pagado de una vez. ¡Malditos seas enjambre de campesinos que deberiais servir á este hombre que se os presenta con las apariencias de un inferior.... y hasta de un bandido. Vosotros sois los ladrones, no yo, porque habitais su propia casa, mientras yo duermo sobre una piedra y á la inclemencia del cielo!

—¿En su casa de vd? ¿En su casa de vd? preguntó con viveza la arrendataria. ¿Y desde cuando? dígalos vd. si lo tiene por conveniente. ¿Esta quinta, por ventura, no nos pertenece? ¿No la hemos comprado y pagado con nuestro dinero?

—¿Y á quién? ¿Dónde está el dinero que me habeis dado por ella, ladrones? ¿He consentido yo en que se venda? ¿No me la han robado?

—¿Y tenemos nosotros la culpa de que se la hayan robado á vd? replicó Magdalena con mas dulzura. Lo mismo hubiera hecho cualquiera en nuestro lugar. No es culpa nuestra, si....

—Si: eso está muy bien dicho. ¿No tienes otra razon que darme? siempre lo mismo, siempre la misma razon. ¡Han fusilado á mi padre, han confiscado sus bienes y despojado al huérfano inocente...! Y á esto llaman justicia....! ¡Paciencia! El huérfano inocente ha crecido y sabe lo que es y lo que le pertenece.... Tiene ademas un trabuco, y sabrá hacer uso de él cuando lo juzgue oportuno.

Una mirada aterradora significó la furia de Norton, al pronunciar estas siniestras palabras que acompañó con un fuerte culatazo que hizo temblar el pavimento de la habitacion.

Hasta entonces, Olivia y su padre, habian sido mudos espectadores de tan estraña discusion. El anciano se levantó y dirigiéndose al del trabuco le dijo:

—Joven, vd. no reflexiona en nada de cuanto dice. Esa última palabra que acaba de pronunciar puede perderle. ¿Qué es lo que vd. viene á buscar aqui?

Norton, un poco sorprendido á la vista del nuevo in-



terlocutor, lanzó una mirada sobre la respetable fisonomía, y los blancos cabellos del anciano: permaneció un momento indeciso sin saber qué contestar; pero como aquel que conoce su razón y que no debe avergonzarse por manifestarla, levantó la cabeza con orgullo y replicó de una manera brusca:

—¿Quién es vd. para mezclarse en nuestra conversación?

—Quien puede tener parte en ella, respondió el anciano con sangre fría. Vd. ha entrado aquí brutalmente y con todos los modales de un salteador de caminos; vd. insulta, vd. amenaza a una mujer dentro de su propia casa y delante de mí. Y ahora le pregunto qué es lo que quiere, y si no me contesta como corresponde, me autoriza a que le ponga fuera de aquí por mano de mis criados.... y si tiene la desgracia de resistirse me hará buscar al *sheriff* (1), para que le arreste, pasará después a un juzgado y.... ya sabe vd. lo demás. ¿Le conviene a vd. esto?

Norton permaneció un momento silencioso como dominado por la calma y el aire imponente del anciano: retrocedió dos pasos; mas después la cólera se volvió a pintar en su semblante, se enrojecía y palidecía sucesivamente; sus ojos centelleaban, y con una espantosa energía exclamó:

—¡Ah! Tiene vd. razón; siempre la misma palabra en la boca, ¡hándido! siempre la misma amenaza: el *sheriff*, ¡el juzgado! ¡No me acobarda! Y bien.... sea! Cuando vd. quiera; ¿Qué importa, si mas tarde ó mas temprano ello ha de suceder?

La espresión del joven fué de tal modo aterradora que Olivia tuvo miedo.

—Padre mío, exclamó dejando su asiento, estrechando a su hija contra su seno, y cogiendo el brazo del anciano.

Este grito atrajo la curiosidad de Norton que aun no había observado a la joven: esto fué para él una súbita aparición, y quedó parado y contemplándola. Sus miradas, antes feroces, se dulcificaron repentinamente, y clavaba sus ojos sobre lady sin poderlos separar; mas después de un pequeño instante hizo una leve inclinación de cabeza en ademán de arrepentimiento.

—Pido perdón, señorita.... señora, dijo con voz entrecortada: la he causado miedo.... lo siento mucho; pero yo tambien había sido injuriado, amenazado.... y yo, señora, no soy hombre para dejarme humillar de esa manera.... Mas vuelvo a repetirle que me perdone.

—Está vd. perdonado, caballero, contestó Olivia con menos miedo, conociendo la impresion que ella había producido, y apresurándose con el objeto de aprovecharla. Solo deseo, continuó dejando asomar una ligera y graciosa sonrisa y una mirada afable, que acabaron la derrota del pobre Norton; yo quiero y le ruego que esta reyería no vuelva a comenzar.

Ned Norton se inclinó de nuevo sin poder pronunciar una sola palabra; quedaba de pie y titubeaba mirando a Olivia; no sabiendo si debería quedar ó decidirse a salir. Olivia que comprendió su incertidumbre, continuó con su misma agradable sonrisa.

—Me ocupaba de mi hija con Magdalena, señor Norton; yo agradecería infinito que vd. nos dejase continuar, y ya que es vd. tan caballero, me parece que no será necesario que se lo ruegue.

Norton se puso mas encarnado que la grana al oír la palabra de caballero pronunciada por aquella dulce voz, y al escuchar un ruego tan inesperado: saludó y salió de allí volviendo la cara atrás para no perder de vista a la joven que acababa de hablarle; pero apenas hubo cerrado la puerta y atravesado el patio, cuando bajó la cabeza y salió corriendo a manera de un caballo desbocado.

Magdalena quedó suspensa y admirada.

(1) Oficial municipal de policía en Inglaterra.

—¡Ah! señora, ¡ah señora! exclamó apretando la mano de Olivia, ¡qué servicio tan grande me acaba vd. de hacer, qué poder tan maravilloso ejerce vd. sobre los hombres! Pero ya se vé, ¿quién puede resistirse a esta voz tan encantadora cuanto persuasiva?

—¿Quién es este hombre? preguntó el anciano.

—¡Ay, señor! esta es una historia bien triste por desgracia, y que nos dá a cada paso muchas inquietudes. El padre de este muchacho, llamado Mr. Norton, era un caballero barón y poderoso en el país: esta quinta le pertenecía y otras fincas ademá; pero habiéndose mezclado en las últimas turbulencias, le pusieron preso, y al fin vino a ser sentenciado a muerte. Todos sus bienes han sido confiscados y vendidos en provecho del estado; y su hijo Eduardo, a quien llamamos Ned Norton, habiendo quedado huérfano desde su mas tierna edad, y sin recursos de ninguna especie, le obligaron a que aprendiese un oficio, y con el tiempo llegó a ser uno de los mejores torneros y cinceladores del país. Entonces fué precisamente cuando yo le conocí.

Magdalena al llegar aquí, no pudo menos que ponerse un poco encarnada y detenerse un instante en el hilo de su historia.

—Era mas joven que yo, prosiguió, y aunque buen artesano ganaba muy poco. Cuando yo me casé con Tom Craig, el padre de éste que era a la sazón bastante rico, dió a mi marido esta quinta, despues de haberla pagado con muchísimo dinero. Desde esta época la conducta de Norton ha sido estraviada. Ha llegado a enterarse que es hijo de una persona distinguida; es decir, de un barón, y ha dicho que él no había nacido para trabajar como un simple artesano; ha tenido malas compañías, ha vivandeado por los bosques, y hasta se asegura que ha robado, cosa que no he podido creer, porque Norton tiene un buen fondo. El será si se quiere, ahora, un hombre de malas costumbres, un picaro; pero estoy muy segura que no es ladrón.

—Yo tampoco lo creo, dijo Olivia.

—Pero yo temo que esto ha de concluir bien mal, continuó Magdalena lanzando un suspiro. Verdaderamente no acierto a comprender de lo que vive: ya se ha visto perseguido, no sé cuantas veces por la justicia; pero no se atreven a cogerle, porque dicen que es el terror del canton: ¡es tan intrépido y valiente! Tom, mi marido es la única persona que no le teme, añadió la arrendataria con cierto orgullo. Pero lo que es yo tiemblo cuando los dos se encuentran, porque se aborrecen de muerte, y todo por causa de esta quinta.

—¿Nada mas que por la quinta? ¿No hay algun otro motivo?... preguntó Olivia sonriéndose y dirigiendo a Magdalena una mirada penetrante, a la cual aquella sin responder bajó la cabeza. Digame vd., Magdalena, prosiguió Olivia, ¿Tom Craig es muy celoso?

—¡Oh! señora, ciertamente no, replicó vivamente Magdalena; pero este pobre Norton!... en fin! Yo quisiera a menudo socorrerle con algo, para hacer mas llevadera su mala situación; pero no me atrevo. ¡Hay tan malas lenguas en esta comarca!... De manera ello es, que Norton está furioso, y continuamente está amenazando a mi marido.... Repito a vd., señora, que temo que esto ha de concluir muy mal.

Magdalena se calló: algunas lágrimas humedecieron sus mejillas, y se volvió a hablar respectivamente a Lily.

—Vámonos, hija, dijo el anciano a Olivia; la noche está muy cercana, y aun creo que no tendremos el tiempo suficiente para llegar a casa de tu primo Crawford. Preciso es que dejemos a nuestra Lily con la buena Magdalena.... volveremos mañana.

Despues de algunos instantes, la silla de posta apareció enganchada. Los dos arrendatarios acompañaron a sus huéspedes hasta el camino, y Olivia sentada ya en el sitio que le correspondía del carruaje, dió el último beso



á su hija, la volvió á poner suspirando en los brazos de Magdalena, y el coche desapareció confundido entre un espeso torbellino de polvo.

Cuando Ned Norton salió de la quinta, tomó el camino que le conducía al bosque: era cerca de anochecer cuando llegó á él, y se disponía á atravesar una vereda cuando encontró á un hombre alto, delgado, con el cabello entre cano, arropado con un tosco y largo leviton bastante

usado, y cubierta su cabeza con un mal sombrero de anchas alas, y tan inclinado hácia la frente que apenas descubría su mirada aterradora y propiamente de un bandido.

—Dios te guarde, Ned, dijo este nuevo personaje á Norton que iba delante de él sin detenerse.

—Adios, Turnship, respondió Norton sin suspender su marcha.

Turnship, se colocó á su derecha.



NORTON EN EL BOSQUE.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde vas? le preguntó. Tu aspecto manifiesta que tienes algun pesar.

—Vengo de la quinta de Craig.... ó mas bien dicho de la mia, contestó Norton con un tono brusco y algo irónico. Adios, me voy al apostadero; á mi emboscada.

—Bonito recurso, dijo riéndose Turnship; ¿con qué caza cuentas?

—Con la que el diablo me traiga, replicó Norton.

—Se me figura, chico, que el diablo se dispone á enviarme una presa algo mas magra que la tuya.... esto es, un pájaro mas fácil de desplumar.

—¡Ah!... ¿y cuál es ese pájaro?

—Este pájaro consiste, en una silla de posta que voy á sorprender. Te ofrezco la mitad de lo que se coja si quieres tomar parte en la empresa.

—Gracias, es una empresa que no me conviene.

—¿Cómo! ¿No te agrada mi proposición? ¿qué vas á comer mañana?

—Probablemente comeré lo que hoy, contestó Norton con una amarga sonrisa.

—¡Carne cruda! exclamó Turnship dando una fuerte carcajada.

Yo te prometo para mañana una opipara comida si quieres consentir.



—Vaya, vaya... nos veremos.

—No; yo quiero que tu determinacion sea pronta, que me contestes en seguida, replicó friamente Turnship. Responde sí, ó no... no hagas lo mismo que la otra vez.

—Haré lo mismo que la otra vez, respondió Ned con calma irónica. Si el diablo trae esta noche hacia la boca de mi trabuco un venado u otro animal parecido, no me arrepentiré de haber rehusado tu oferta, y te mandaré a pasear. Si no... en fin, hablaremos. Mañana te contestaré.

—¿Anda, que el verdugo te tuerza el pescuezo! ¡Has creído por ventura que soy un simpion para dejarme mantear, y que esté aguardando tu respuesta? Conque quiere decir, que cuando no encuentres otra cosa mejor, entonces recurrirás á mí.

—Con efecto, repuso Ned. ¿Dónde quieres que encuentre una cosa peor que la que me propones?

—No se puede negar que cazas muy largo. Corriente, estoy en un todo dispuesto á seguir los caprichos del señor baron. ¿Dónde te encontraré mañana?

—En las encrucijadas de los Reds-Dogs, como siempre.

—Bueno; hasta mas ver.

Ned Norton, prosiguió su camino solo y pensativo, y despues de algunos instantes llegó á su apostadero; pero el diablo no escuchó su ruego y burló las esperanzas del bandido. Muchas horas estuvo en acecho con el trabuco preparado y con la vista y el oído alerta... pero nada... solo percibía la calma de la noche, el silencio de los bosques y el soplo ligero de la brisa que sonaba á través de las ramas. De vez en cuando, el bandido dejaba salir de su boca un terrible juramento maldiciendo su mala suerte.

—¡Oh! ¡que hambre tengo! exclamó con un movimiento de rabia, apretándose el estómago con sus puños cerrados. No hay poder humano que resista mas.

Dejó aquel parage y se encaminó hacia un moral silvestre que crecía al lado de una colina, y avalanzándose precipitadamente á este sitio, cogió gran cantidad de este fruto verde todavía. La oscuridad de la noche le impedía hallarlos con la presteza que su hambre exigía, así fué que sus manos quedaron en extremo doloridas á causa de la punzante espina que le mortificó sobremanera. De repente quedó sorprendido al observar que los árboles habían tomado un color rojizo, una luz fugitiva que contrastaba con la oscuridad de la noche. Sorprendido, se volvió, y observó un reflejo de luz que se elevaba en la llanura.

—Es cosa singular: se diría que esto era un incendio.

Salió de allí corriendo, y bien pronto tuvo tiempo de conocer que no se había equivocado.

—¡Es la quinta! ¡Es la quinta la que arde! exclamó, y sin reflexionar mas voló en aquella direccion.

Cuando llegó allí, todo estaba ardiendo; una inmensa columna de fuego y humo, se elevaba á manera de un torbellino, y el viento fresco de la noche, activaba mas y mas, el progreso del incendio. Los establos, los graneros, no eran ya mas que una brasa. Sin embargo, el cuerpo de las principales habitaciones, estaba intacto todavía, pero la techumbre crugía por todas partes, las ventanas vomitaban el negro vapor que producía el humo espeso del incendio: en este edificio no había ya reparacion, todo se había perdido.

Los criados de la casa se apresuraban en el patio, lanzando confusos gritos, unos á conducir muebles de una parte á otra, y otros á procurar contenerlos caballos asustados, y á los demas animales que huían; en fin, se presentaba en la quinta un cuadro lúgubre y desolador.

Ned Norton, habiendo llegado por la parte del campo escaló la pared de la cocina, corrió en seguida á la parte principal del edificio, y entró lleno de resolucion bajo una lluvia de fuego, y atravesando espesas nubes de humo, sin reparar en lo que hacía. Le pareció oír gritos ahogados, y que la voz dulce de una muger, pedía socor-

ro en medio de las llamas y voló á la salvacion de Magdalena, ó acaso de Olivia. Medio ahogado, consiguió penetrar en la habitacion de la arrendataria. El techo crugía al sentir el peso de su cuerpo... En este aposento, no había nadie... No obstante, se escuchaban gritos... Anda un poco mas, y vé una niña en una cuna, que le tiende sus bracitos: la coge, la envuelve con su propio cobertor, y se la lleva. La escalera por donde bajaba, retemblo, y casi cedía al peso de su cuerpo; pero aun cuando ardieron algunos de sus cabellos, se quemó las manos, y se tostó la ropa, llegó al suelo, y agitado y perseguido por las llamas, no cesó de andar, hasta encontrarse en medio del jardín.

Dejóse caer sin aliento al pie de un árbol.

Cuando se hubo repuesto de su pasada agitacion, expresó su grande alegría mirando á Lily, que sin el mas leve daño, se arrimaba llorando á su seno.

—Le volveré su hija, y ella entonces me dará las gracias. Esto dijo poniéndose de pie, y preparándose para ir á reunirse con los criados de la quinta, á los cuales escuchaba hablar en el patio; pero los clamores siniestros de aquella gente le llenaron de horror.

—¡Norton ha sido, Norton ha sido! estoy seguro de ello gritaba el desesperado arrendatario. Solamente él puede haber hecho tan grande felonía. Esta ha sido una venganza. No en valde ayer nos amenazaba. ¡Infame! ¡Bandido! ¡Si le cogiese ahora entre mis manos, le haría arder entre las llamas!

El primer impetu de Norton, fué adelantarse al parage donde oía tantas imprecaciones, con el fin de justificarse; pero se detuvo al escuchar el tumulto de los criados, que unánimes le maldecían y le amenazaban á la vez que el arrendatario. Eran muchos, el era solo; comprendió además la verosimilitud de la acusacion, y que mas fuerza tendria si él se presentaba, y varió de pensamiento, conociendo su falsa posicion. Precipitose corriendo fuera del jardín y salió al campo libre, caminando aprisa sin volver la cara atrás, y no cesó hasta llegar á las encrucijadas de los Reds-Dogs donde se sentó acompañado de su tierna carga, apoyando el codo de su brazo derecho sobre otro pedazo de roca, mas elevado. Aquí fué precisamente donde volvió á encontrar á Turnship, al despuntar el día.

—Con que, cazador diligente, le dijo el bandido, ¿qué ha decidido por fin su señoría? Señor baron, ¿se ha hecho buena caza?

—Sí: muy buena, contestó Ned con un tono sombrío.

—¡Hola!... Atiende prosiguió Turnship mirándole con atencion; aquí tienes caballos... vestidos... zapatos que han de sentarte muy bien. ¿Eh? ¿No es verdad?

—¿Cómo? preguntó vivamente Ned Norton.

—Vamos: ya sabemos quien eres, y que has pegado fuego á la quinta de Craig esta misma noche. Vive Dios que por ello debo rendirte un cumplimiento. Has hecho muy bien: te lo aplando.

—¡Falso! ¡falso! ¡muy falso! exclamó Ned lleno de desesperacion: no lo repitas ó te levanto la tapa de los sesos.

—Bueno, bueno... no te incomodes: me importa poco haberme equivocado. No he tenido que ver todavía con el shériff... No digo que algun día no suceda, añadió riéndose; mas procuraré que sea lo mas tarde posible. Por lo tanto, amiguito, te aconsejo que hagas por mirar adelante si es que no desees conocer á este estimable magistrado. Tom Craig ha dado cuenta á la policia hoy por la mañana, y nuestros constantes perseguidores han redoblado sus esfuerzos con el laudable fin de apoderarse de tu persona. Si llegan á encontrarte ciñendo este ropage tan roto y chamuscado, el fin que tendrás no es difícil de adivinarse; pues creo que pronto iras á reunirme á papa... con el señor baron.

Ned quedó inmóvil con la cabeza entre sus manos.



—Oye, chico, prosiguió Turnship; es preciso nos alejemos de aquí y con rapidez... sigue mi consejo. Tú tienes porvenir, es un vaticinio que hago y del que estoy seguro no equivocarme. Voy a recomendarte a un viejo de Newgate para que camines con alguna tranquilidad. Pero conozco que te es necesario algún socorro para que emprendas tu marcha, he venido a buscarte para darte bien pronto.

—¡Ah! exclamó Norton sin levantar los ojos.

—Sí, ¡a fé mia!... este es el momento... ¡Arriba!

Y le dió un golpe en la espalda, a cuyo movimiento despertó Lily, que envuelta en un cobertor y sobre las rodillas del joven se había quedado dormida; ella prorumpió en un llanto inconsolador.

—¿Que es esto? preguntó con sorpresa el bandido... ¡Una criatura!

—Sí, dijo Ned acariciando a Lily. La niña no prosiguió su llanto al ver los árboles, el cielo y el sol; al contrario comenzó a reírse levantando sus manitas y pasándolas por la cara de Norton.

—¿Que diablitos piensas hacer con ese espantajo? ¡Echala en un foso, voto va a Crivas! Eres muy joven todavía para ser padre de familia.

Lily continuó riéndose y dirigiendo las mismas demostraciones de ternura infantil, y jugando con los cabellos de Ned.

—Vamos, replicó Turnship con impaciencia mirando al joven inmóvil y silencioso. El tiempo se pierde. ¿Vienes ó no vienes?

Ned suspiró.

—A fé mia, dijo en fin, que me encuentro casi obligado a aceptar lo que me propones. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Pero... esta niña... Si yo encontrase un medio para ponerla en manos de Magdalena... estoy perdido... y para llevármela...

—¿Llévartela? ¿Dónde? interrumpió Turnship. Pienso que no te dispones a dar el golpe... ¡Canastos!... ¡y yo que tendria contigo un famoso compañero de empresa! Juro al diablo que cuando yo vine a este sitio no fué para buscar una nodriza. ¿lo entiendes? Veamos lo que haces. Desembarázate cuanto antes de esa ridícula carga.

Ned se encogió de hombros.

—¿Piensas que he salvado esta criatura esta noche para matarla por la mañana? Tengo otra cosa que hacer. ¿Traes dinero contigo?

—¿Para qué?

—¿Puedes comprarme una alhaja que vale lo menos dos guineas?

—Sí, dijo Turnship. ¿A ver?

—Mírala aquí, respondió Ned quitando el collar de oro a Lily. Vengan las dos guineas. Con esta prenda ganarás el doble.

Turnship cogió el collar.

—Bueno, ahora lo comprendo todo, eres menos bruto de lo que apareces, y creo que has dado un buen golpe de mano según veo. Pero ten cuidado, chico, el juego se me figura peligroso... conocerán a la niña y caerán en el lazo.

—Lo veremos, contestó Norton bruscamente. ¿Dónde está el dinero?

—Aquí le tienes, respondió Turnship dándoselo. ¿Renuncias a nuestro negocio de hoy por la mañana?

—¿Quién lo duda?

Y Norton se levantó.

—Escucha otra cosa, continuó Ned. ¿Llevas por casualidad en tu morral algún pedazo de pan quearme para matar el hambre durante mi marcha?

—Sí, toma... ¿Te volveré a ver?

—Lo ignoro... voy muy lejos... adios.

Cogió su palo, abrigó a Lily, echó a la espalda su morral y atravesó las asperezas sin detenerse en nada.

No paró de andar hasta ponerse el sol, que sintiendo-

se fatigado, trató de tomar algún descanso. Lily tenía hambre y lloraba, lo que le obligó a Ned a que se acercase a una pequeña casita aislada que se encontraba inmediata al camino, y en la cual llamó a la puerta. Abrióse una ventana situada encima de aquella, y una mujer asomó su cabeza con cierta desconfianza.

—¿Qué se le ofrece a vd? dijo esta después de haber examinado a Norton.

—¿Puede vd. darme alguna cosa que comer?... pagándolo se supone. Estoy muerto de fatiga.

—Mi casa no es posada ni ventorrillo, respondió la mujer bruscamente, y a fé mia que vd. no tiene el aire de un viajero. Prosiga vd. su camino.

—Eso es lo que pienso hacer, contestó Ned con amargura; pero al menos indíqueme vd. dónde encontraré un poco de leche para mi niña, porque la pobrecita se muere de hambre y de sed.

—¿Es de vd. esa niña? respondió la mujer sorprendida.

Norton descubrió a Lily, que cesó de llorar para mirar a la aldeana.

—¡Pobrecita de mi alma! dijo la mujer al ver la cabecita rubia de la niña. ¿Porqué no dijo vd. eso mismo desde un principio? Voy a bajar alimento... siéntese vd. en ese banco, ya voy.

No pasó mucho tiempo sin que se abriese la ventana que correspondía al piso bajo de aquella casita, y la aldeana sacando su brazo por entre los hierros, dió una taza de leche a Ned.

—En este momento me encuentro sola, por lo que siento mucho no poderle dejar entrar. Pero tome vd. pan y jamon. Le daré al mismo tiempo un buen trago de cerveza, porque estará vd. muy fatigado... ¡Qué bonita es la niña! ¡pobrecita niña! ¿Es de vd? No estrañe que le haga esta pregunta, porque me parece vd. muy joven para ser padre de familia.

—Su madre es aun todavía mas joven que yo, contestó Ned, voy a entregársela.

Muy pronto dió fin a su modesta comida, y se dispuso a pagar.

—¿Qué va vd. a pagarme? dijo la aldeana; ¡tan joven, con una esposa y una criaturita entre sus brazos! vd. me pagará mas tarde, si, cuando vd. sea mas rico.

Ned dió las gracias, exigió algunas indicaciones para encontrar un albergue en las cercanías donde pasar la noche, y prosiguió su camino. No muy lejos de allí encontró a un mercader ambulante, y después de varios ajustes, cambió, mediante algunas monedas, su ropa por otra mejor, compró además un sombrero de paja, cortó su largo cabello, y bajo distinta forma se presentó en el humilde albergue donde se le dió un lugar cerca de la cuadra.

Al despuntar el día se levantó, y devoraba un frugal desayuno, cuando oyó que un caballo se detuvo, al parecer a la puerta de la posada, y que un hombre de voz ronca y desagradable entablaba con el posadero en la sala de adentro una conversacion, cuyas palabras hirieron sus oídos y le dejaron yerto.

—¿Un bandido? decía el posadero.

—Reputado como incendiario, repuso el interlocutor; alto, de gallarda presencia, con los cabellos muy largos y algo tostados: viste un *surtu* azul, ceñido a su cuerpo por medio de un cinturón de cuero. Tiene en fin, todo el aspecto de un condenado ladrón.

—Alto... el cabello tostado... con un *surtou*... un cinturón... No le he visto.

—No ha recibido vd. viajero alguno ayer ú hoy por la mañana?

—Sí señor. He recibido a un traficante de buques, amigo mio, a dos marinos licenciados... a Roberto Knox y a su muger... ¡Ah! y después a un zagal que va a reunirse con su esposa, y que cuida el mismo de su hija, que la lleva en sus brazos como si fuese una nodriza... El es un



guapo muchacho. No puedo dar mas noticias sobre el particular.

—Bueno. Esto quiere decir que se ha ido por otro lado, ó que se habrá quedado oculto en el bosque. En todo caso, por si pasa por aquí, dejó en poder de vd. su filiación: avísala al juez... y no tengo mas que decir.

—Corriente... ¿No quiere vd. echar un trago?

—No es justo dejarle desairado, venga.

Un rato después se oyó galopar al caballo. Norton pálido y temblando, observó que el que había preguntado por él se volvió por el camino que había venido: entonces Ned, creyendo que se había salvado, tomó á Lily y abrazándola con ternura, dijo:

—Te he salvado, hija mia, ahora sálvame tú.

Llamó al posadero, pagó lo que debía y salió de allí á todo escape, y viajando de esta manera, logró llegar á las cercanías de Londres donde pensó que ya estaba fuera de peligro.

## II.

Estamos en uno de estos pueblos cercanos á la primera capital de la industria, cuyas calles rodeadas de altas y sombrías paredes, se ven dominadas por todos lados de gigantescas torres que elevan hasta las nubes un espeso forbellino de humo; además confunde y aturde el incesante ruido de los talleres, el hierro, el cobre, el rechinar de la lima, el monótono sonido de los fuelles de las fraguas, todo, en fin, forma un conjunto armónico y ruidoso que revela la animación de los artefactos de este punto. Una pequeña ventana proporciona luz á una habitación bastante reducida, y en la que hay un hombre sentado, apoyándose en un banco y echando una mirada melancólica al cielo que parecía empañarse con el humo de los talleres. Este era Ned Norton, bien diferente en un todo, es decir, ya no era el bandido, ni el perpetuo habitante de los bosques.

Ceñía un vestido decente y propio de un artesano. Su rostro había perdido aquella rudeza salvaje que tanto le caracterizaba, sin haber conservado otra cosa mas que la regularidad de sus facciones: del mismo modo, su tez antes morena y tostada por la intemperie, había vuelto á su primitiva blancura; pero preciso será decir de paso, que Ned aparecía también fatigado y pesadoso. Una especie de amilantamiento enfermizo se pintaba en su fisonomía: un sello de disgusto, de irritación y enojo, demostraba por intervalos, y su mirada tétrica y penetrante llegaba á ser mas y mas sombría.

—¿Qué cielo! murmuraba; ¡qué techos! ¡qué humo! ¡ni un árbol! ni un pájaro en el aire, ni sol!... ¡qué vida!

En este instante la puerta se abrió, Norton volvió la cara y vió entrar á una anciana.

—¡Ah! ¿es vd. madre Braddock?... ¿Dónde está Lily?

—Abajo, señor Eduardo, teniendo cuenta con la comida. Pronto subirá y le traeré de comer.

Con efecto, después que hubo puesto sobre una pequeña mesa el modesto cubierto del artesano, la anciana desapareció, y bien pronto volvió con un plato de legumbres y conduciendo á Lily de la mano, que ya contaba de tres á cuatro años, la que vino á colocarse entre las piernas de Norton, y se encaramó, no sin trabajo, hasta montarse en sus rodillas con gritos de alegría. Tan inocentes caricias dulcificaban el mal humor de Ned: su frente se desarrugó y se puso á jugar con la niña que le llamaba papa.

—¿Ha tenido la niña juicio, madre Braddock? preguntó Ned á la anciana.

—Mucho juicio, señor: ha leído conmigo, y ha cosido como una mugercita.

—Me alegro; entonces la semana que viene la llevaremos á que vea los polichinelas.

Lily lanzó exclamaciones de alegría batiendo sus manitos.

—¡Era tan bonita! sus hermosos cabellos rubios y rizados, caían sobre sus blancas espaldas, lo que Ned contemplaba con ternura y admiración.

—¿Qué preciosa es la niña! murmuraba la anciana conociendo en el semblante de Norton su regocijo. Es el vivo traslado de vd., señor Eduardo.

—¿Vd. lo cree así? preguntó Ned con una ligera sonrisa acompañada de cierta desconfianza. Yo encuentro que se parece mas bien á su madre.

—Vd. debe haber sentido mucho una pérdida tan irreparable, dijo la anciana, viendo que aquella palabra le había vuelto á dejar silencioso, y afectado como por un triste recuerdo. Cuando se ama de veras, la separación es cruel... vd. le ha sido fiel, esto se conoce desde luego. Sería tan triste para la niña que conociese una madrastra! Pero la edad de vd., siendo además un artesano tan laborioso é inteligente; solo vd. debe consagrarse al cuidado de la niña. Esto mismo decía yo hoy por la mañana á la señorita Jenny.

—¡Ah! la hija del traficante de vinos! contestó Ned con un tono de indiferencia. Ten cuidado, hija mia, de no quemarte.

(La conclusion en el próximo número.)

# COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

## DEL ORIGEN

### DE LA FIESTA DE LAS ANIMAS,

Ó SEA DEL DIA DE LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS, Y USOS DE ESPAÑA EN ESTA FESTIVIDAD.

Olvidar á los muertos,  
es olvidarse á si mismo.  
LAMARTINE.

Ningun pueblo ha existido ni existe sobre la tierra, que se muestra indiferente á honrar la memoria de sus difuntos. Civilizados y salvajes se han hecho un deber en recordar á sus antecesores sobre sus sepulcros, y en venerarlos especialmente en cierta época del año, á fin de que con su ejemplo respeten sus sucesores á los

que fueron antes que ellos, y sigan tan piadosa costumbre. Dejando para artículos análogos de la época á que nos referimos el disertar sobre los funerales, enterramientos, sepulcros y prácticas fúnebres, que han puesto en práctica los pueblos todos, siendo el origen de las que hoy se ven en nuestra España, vamos en este ligero artículo á dar razon de la celebracion de esta fiesta por los antiguos, y del origen que tiene entre nosotros.

Además de la fiesta *denicalia* que celebraron los griegos y después los romanos, en honor de los difuntos al día siguiente de los funerales de los que dejaban de existir, día en el que se purificaba la casa hollada por la muerte de aquel por quien se celebraban las exequias, hubo algunos dias en el año en estos dos pueblos, y entre los egipcios, en los que se recordaba por las familias á todos los difuntos, que es lo que hacemos nosotros el 2 de noviembre en nuestra fiesta de las Animas.

Los egipcios no tuvieron solo una festividad dedicada



á los difuntos, sino que puede decirse que todos los meses les dedicaban algun día, en el cual reunidos en familia durante la vigilia y despues de haber comido, se dirigian al lugar del sepulcro de sus parientes con tantas teas encendidas como sugetos habian fallecido en los dos últimos años, y llegados al sitio entonaban á Osiris el cántico por los muertos. En parte tenemos los españoles esta costumbre y aun diaria, si bien no vamos á los sepulcros ni encendemos luces á cada paso, pues que tal es el piadoso uso que practicamos todos los días y aun en muchas partes despues de cada comida, de recordar á nuestros padres, parientes y amigos pidiendo á Dios por sus almas; cosa que se hace tambien en todos los pueblos de España cuando en el verano á las diez y en el invierno á las nueve, nos recuerda la campana mayor de las iglesias parroquiales con su tañido denominado la plegaria, recemos por las benditas almas del purgatorio, razon por lo que se llama á este tañido el toque de Animas. La piadosa costumbre de rogar por los difuntos de la familia y por todas las almas del purgatorio á la hora de acostarse, prueba tambien evidentemente nuestro respeto por los difuntos, en cuya veneracion igualamos, si no escedemos, á los pueblos que mas les recuerden.

Las fiestas de lemurias y remurias entre los romanos, estaban dedicadas á las sombras de los muertos, que segun ellos, andaban vagando; supersticion, de la cual, nos ha alcanzado alguna parte, puesto que se cree por los ignorantes, que las animas del purgatorio salen de su lugar para recordar á sus deudos sus deberes, y pedirles oraciones, en particular el día de su festividad, á cuyo fin, en muchas casas, no solo se les dedica este día empleándole en oírles misas y en rogar á Dios por ellas, sino que se enciende en su obsequio, luces, poniéndose tanto número de lamparillas, cuantas sean las almas de la familia, que se juzgue puedan estar en el purgatorio.

Empero, estas fiestas funebres de los paganos, diferian mucho de las nuestras con la que solo puede compararse en cierto modo la de sus manes, de que que hablaremos despues. Sin embargo, por lo que respecta á las lemurias la espresada supersticion tiene alguna semejanza como acabamos de ver, pues que creyendo que las sombras de los que habian recibido una muerte violenta ó repentina, vagaban por los lugares oscuros de las casas, las alumbraban con lamparillas, para tenerlas propicias. Esta creencia de las sombras, fué admitida hasta por los mas sabios de los gentiles, y no las combatieron los doctísimos Sócrates, Platon, Tales, Pitágoras, Heráclito ni Filon: ni tampoco la vemos atacada por nuestros padres de la iglesia cristiana.

Llamaban los romanos larvas á las sombras espresadas, á quienes denominaban tambien espectros para espantar á los vivos, concediéndoles Séneca, la figura de esqueleto, con la que simbolizan nuestros artistas á la muerte, así como tambien la de viejo de larga barba, ojos torvos, cabellos cortados á raíz y un buho en sus descarnadas manos, como se vé en algunos monumentos antiguos y muy comunmente en las piedras preciosas grabadas para los anillos. Estas larvas ó lemures que se pretendia invadian las casas, eran exorcitadas por decirlo así, el día consagrado á las sombras de los muertos por los gefes de familia ó sea por el cabeza de cada casa. A este fin iba con toda la familia de habitacion en habitacion, llenándose la boca de habas negras, y en algunas partes de judias de este color, las escupia volviendo la cabeza hácia atrás como si huyese de los rincones y sitios oscuros, con cuya operacion se creia purificar la casa de las sombras que la habian invadido. La causa de arrojar las habas nacia de que se estaba en la ridicula creencia, de que esta legumbre siniestra, segun Pitágoras, era apetecida por las lemures que la devoraban con placer, y por esto se les echaba. Al verificarlo el cabeza de familia, decia una especie de oracion, por la que manifestaba su

piiedad gentilica terminando con estas palabras: *Yo me libro á mi y á los míos, salid de aquí manes paternos*. No concluia la purificacion de las casas en ellas, sino que los cabezas de familia se dirigian á media noche enmedio de las tinieblas, al silencioso borde de una fuente, y llegados á ella se lavaban las manos con el mayor misterio haciendo un ligero ruido con los dedos para separar á los manes, hecho lo cual se retiraban á su casa en donde les esperaba su familia reunida para cenar una especie de manjar hecho con harina de trigo.

A vista de esta costumbre, he aquí en donde hallamos nosotros el origen de esas cenáculos que llamaremos funebres en que en las visperas de las fiestas de las Animas, se refuerzan el estómago nuestros hermanos al recordar á los difuntos, pues de no ser este el origen no acertamos á buscarle otro mas adecuado, ni que mas se le parezca.

Dice *Megs*, acertadamente en nuestra opinion, «que la creencia de la inmortalidad del alma y el deseo de no perder para siempre al objeto amado, es lo que dió origen en todos los pueblos al culto que se rinde á las almas de los muertos, y que si este culto fué rechazado por algunos filósofos, no ha habido pueblo que no les haya tributado una constante veneracion.» Los antiguos las divinizaron bajo el título de *manes*. Pausanias los denominó *dioses subterráneos*, Filostrato *terrestres*, y Ulises les respetaba tanto, que les ofreció un sacrificio para que les concediesen una vuelta feliz á Itaca.—Llegó á tal la veneracion que se tuvo á los manes en la antigüedad, que se les sacrificó victimas humanas y se les nombró sacerdotes particulares.

Los atenienses le celebraban una fiesta, en cuyo mes se prohibia casarse, cantándose en los templos en honor de Falerno, hijo de Apolo y de Caliope, himnos lúgubres titulados *falemias*. Luego que Numa admitió en Roma el culto de los manes, les consagró el segundo mes del año, y en las leyes de las doce tablas, se condenó á los que dudasen de la divinidad de los manes. Se les levantaron altares con inscripciones que empezaban: *diis manibus* (á los dioses manes), de donde se origina la costumbre de invocar nosotros á Dios en las lápidas sepulcrales con las iniciales D. O. M. (*Deus Omnipotens Magnus*) ó otras análogas: se les invocaba para presagiar los destinos y particularmente al entrar en un combate; y por último, se les ponía por testigos de los juramentos y promesas, cosa muy comun por los cristianos de la edad media, ya en estos tiempos, puesto que no es otra cosa nuestra invocacion cuando deciamos: *juro por el alma de mi padre...* etc.

Hablando de los manes nos dice *Homero*, que bebían con avidéz la sangre de las victimas que se les sacrificaban, y que estaban al rededor de los que les invocaban. Segun *Suidas* la fiesta *Nemesia*, era la conmemoracion de los difuntos entre los griegos, imitada luego por los romanos, los cuales tenían cerca del templo de Platon en el campo de Marte, un altar dedicado á los manes, que solo se quitaba de allí para la celebracion de los juegos seculares. Sin embargo, no fué llamada *Nemesia*, sino *Feralia* la fiesta de los difuntos entre los romanos, creada por Numa, quien puso el nombre á febrero, que quiere decir *lustracion*, por que se hacian en este mes las lustraciones y sacrificios por los muertos. Durante esta fiesta se cerraban en Roma todos los templos, á escepcion de los de Platon y demas divinidades infernales, y la prohibicion de matrimonios de que hemos hablado, era por que no se contratasen bajo funestos auspicios. Se visitaban en esta fiesta las sepulturas de los abuelos y parientes por los que se hacian ofrendas, de donde podemos derivar la limosna que damos en el día de las Animas á los sacerdotes pobres para que les echen respuestas, y la que se echa sobre los paños mortuorios en los cementerios, para que se ruegue por las almas del purgatorio por los encargados del culto. Igualmente son ofrendas



lo que se dá por los fieles en este día, para que se digan misas por el alma de sus difuntos, y las que al efecto se oyen por los mismos.

El día 9 de mayo, se celebraba en Roma la otra fiesta fúnebre principal, denominada *Remuria* á causa de recordarse en ella, el asesinato de Remo por su hermano Rómulo, y en ella se trataba de espiar el fratricidio. Estas fiestas son las que hemos llamado *lemurias*, cuyo nombre tuvieron después, y que dejamos explicadas.

Los manes se dividían en Roma, en dos clases, á saber: lares ó manes, que eran los genios benéficos, á los cuales se les consideraba como guardas de las sepulturas; y en larvas ó lamias, á los que se tenían por genios maléficos, que trataban de apaciguar, arrojándoles las habas de que hicimos antes mención, por que se les creía los vengadores de los crímenes. A estos era á los que se sacrificaban las víctimas humanas de los enemigos que les habían ofendido, á fin de apaciguar los manes del difunto que se pretendía vengar, razón por la que, Polixemo, sacrificó á Pirro sobre la tumba de Aquiles, invitando á este se saciase con la sangre del infortunado príncipe.

Como no podía menos, los cristianos desde su origen, honraron la memoria de sus difuntos, empezando por sus gloriosos mártires, dentro de sus lóbregas catacumbas. Empero, al recordar á sus almas purgando sus culpas en el purgatorio, que sucedió al infierno de los justos en su creencia, estableció la iglesia de Jesucristo, como sienta un autómata, en esa fiesta, esa arca de salud entre el purgatorio y el cielo, cuyo tesoro son las preces de los vivos y sus sufragios en favor de los muertos. La ofrenda fué generosa desde un principio, pues no contentos los fieles, con dirigir á Dios sus oraciones, dieron, y dan limosnas á la iglesia, y los labradores antiguos, trabajaban todos en semejante día, en beneficio de los pobres, y daban trigo á la casa de Dios, en favor de las benditas ánimas, costumbre, que pudo tener origen en cierto modo de los griegos y fenicios, que simbolizaban la muerte en las siembras de las mieses, con siderando emblema de la resurrección, el nacimiento de la espiga. Aun en muchos pueblos de España, se dá trigo para los sufragios de las ánimas, y se verifican rifas de legumbres y de otros frutos, en su obsequio, no faltando todavía, quien dedique á este efecto, las primicias de sus frutos y aves, y aquellas piezas extraordinarias, que cria el suelo en sus campos.

En la fiesta de todos los difuntos, que celebra la iglesia cristiana el día 2 de noviembre de cada año, se pronuncian letanías solemnes, apropiadas al efecto, en el santo sacrificio de la misa, dirigiéndolas en favor de las benditas ánimas: los altares se cubren de bayetas negras, se simboliza el purgatorio en elevados túmulos cubiertos con iguales paños negros, en que se ven bordadas de amarillo ú de oro y plata, los atributos de la muerte; se oficia con terno de luto; en todas las iglesias hay sacerdotes con sobrepellices, rogando por los difuntos que se les encomiendan, y las campanas anuncian todo el día á los fieles, que vayan á rogar por sus hermanos, en sus lúgubres *posas*. Este nombre se dá desde muy antiguo, á los clamores que dan las campanas para que nos acordemos de los muertos, y les digamos al menos, *Requiescant in pace*, á lo que alude el *buen poso* tenga fulano, que dicen los valencianos, cuando se acuerdan de un difunto.

Nuestros cantos lúgubres, vienen á ser en este día, las *endechas*, ó canciones tristes que se entonaban delante de los difuntos ó sus sepulturas, y á las cuales llamaban los griegos *neiaton*. La *endecha* espresada dice el padre Alejo Venegas en su obra titulada *Agonía del tránsito de la Muerte*, que es voz castellana antigua que quiere decir, *muestras de amor*; y como se cantaban las *endechas* tristes en obsequio de los difuntos en los tiempos antiguos de España, nos parece que no está mal aplicada su significación, por que el amor que nos inspiran nuestros difuntos, es lo que nos arranca esos ayes de dolor.

El hacer conmemoración de los difuntos, costumbre que hemos visto tuvieron todos los pueblos, tuvo su origen con el primer hombre y lo vemos establecido ya en su familia. La Santa Escritura, que es el libro de los libros, nos manifiesta en el libro de los Macabeos, que conolido el valiente Judas de las penas que padecían las almas, dió una gran suma de dinero para que se hicieran sacrificios por los muertos, lo cual repite San Agustín en el capítulo X de su libro de *Cura pro mortuis*. Fundada en esto la iglesia, desde su principio oró y mandó orar por los difuntos, y los apóstoles lo hicieron y lo encomendaron á los fieles, como se nota en la obra de *Emulario Fortunato*, que escribió el año 700 de nuestra era. Empero esta santa y saludable memoria de los difuntos y su día, se llegó á olvidaren las constantes y terribles persecuciones de la iglesia; pero el diácono *Malanie de Metz* en el libro de oficios eclesiásticos que compuso en 327 y dedicó á Luis I el Benigno rey de Francia, introdujo el oficio de difuntos que empezó á celebrarse en la iglesia de Francia en altares especiales, por algunos fieles.

El abate Cluniacense, Sr. Odilon, instituyó en 998 la fiesta de la conmemoración de los difuntos en todos sus monasterios, y á fin de que se generalizase, la hizo observar al papa Juan XIX, el que considerando, oídas las razones del abad, la grande obra de caridad que en esto se hacía á las almas del purgatorio, mandó que se generalizase la fiesta en toda la cristiandad. A este fin se adoptó el oficio de difuntos que Amalarico Torcuato, arzobispo de Tréveris, había compuesto doscientos años antes del decreto del pontífice, cambiándose después por el de los apóstoles según San Agustín, que se compone de los salmos que cantaban y decían en los entierros á que asistían. Los responsos que se dicen en este día, según San Antonino, los compuso *Mauricio*, obispo de París, que murió en 1196, y en el Sacramentario Gregoriano se hallan las oraciones; *Deus qui inter apostólicos sacerdotes*, etc. la de *Fideliano Deus* y la de *Absolve domine*, etc. El papa San Pio V compuso las oraciones de la deposición de los difuntos, el aniversario y la oración por padre y madre del sacerdote: *Clemente VIII*, compuso las dos oraciones *pro defuncto et defuncta*, y mandó que en el *Gloria patri*, se dijera: *Requiem æternam* etc. y que el último responsorio fuera: *Libera me domine*, etc.

La fiesta de las Animas comienza en España en sus vísperas, ó sea el día de Todos los Santos 1.º de noviembre, desde las tres de la tarde. A esta hora rompen el clamor las campanas, se abren los templos enlutados, y los campos santos se presentan llenos de luces y de flores. Desde la mas remota antigüedad, y como resto del gentilismo, han acostumbrado los españoles á derramar flores sobre los sepulcros de los difuntos que se enterraban en sus templos y cercanías, y hoy la moda que invade hasta la lúgubre estancia de los muertos, ha llamado en su auxilio las costumbres antiguas, pero exagerando el modo, cambia en deliciosos jardines los campos santos, llenándolos de elegantes tiestos en que reverdean plantas simbólicas, y entapiza los sepulcros y ornacinas de los difuntos, con coronas de siempre-vivas, perpetuas y otras flores, que espresan emblemáticamente el amor que tuvieron y conservan los vivos á aquellos que ya no existen y que les fueron tan queridos en vida. Por esta razón se vé la víspera de la fiesta de las Animas acudir á los cementerios á los padres, hijos, esposas y amantes que han perdido alguna de sus queridas prendas, cargados de coronas simbólicas con que engalanen sus sepulturas al recordarles con lágrimas que satisfacen al afligido corazón. Este mismo amor hace que cada persona interesada mas de cerca á su difunto, le ponga antorchas encendidas delante de su sepulcro, desde vísperas hasta el día de Animas al medio día, distinguiéndose por el número de ellas, paños mortuorios, blandones ó hacheros y aun por las libreas de los criados guardadores, la clase, riqueza y ge-



arquía del difunto, que también se declara en su inscripción sepulcral. En el cementerio de la sacramental del hospital general de Madrid se coloca sobre una tumba el cadáver del que últimamente ha fallecido en este piadoso establecimiento, al que se le hace un suntuoso entierro en nombre de todos los demás; y en todas las capillas de los campos santos ó cementerios, se hacen sufragios por cuantos se hallan allí enterrados. El paseo en este día es en todos los pueblos de la Península á los cementerios, y antes de 1808 en que se formaron, era á las bóvedas de las iglesias, á estas y á sus lonjas, lugares en que se verificaban antiguamente los enterramientos.

Las hermandades ó cofradías de las benditas almas del purgatorio, que en todos los días festivos del año piden para hacerlas sufragios en las puertas de las iglesias, y al anochecer por las calles en algunos pueblos, ce-

lebran este día su principal festividad y demanda de los fieles, á cuyo fin establecen sus mesas cubiertas de paños verdes y sus vacías, en las que se vé una figura entre llamas en el acto de orar, á la puerta de los templos y de los cementerios.

Si en todos los actos religiosos y benéficos se distingue España por su extraordinaria piedad, en este creemos escende á todos los pueblos cristianos por su carácter benéfico, y he aquí porque los españoles acuden reunidos respetuosamente á los cementerios y á los templos en el día á que nos hemos referido, á pagar un triste tributo de amor y gratitud, á sus finados hermanos y á pedir á Dios por las benditas ánimas del purgatorio.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### LOS CEMENTERIOS DE PARIS.

#### EL SEPULCRO DE MORATIN.

Uno de los objetos mas interesantes y que escitan en mas alto grado la admiracion del viagero en la capital de Francia, es sin duda alguna la contemplacion y paseo por sus cuatro grandes cementerios estramuros, jardines inmensos y poblados de fúnebres monumentos, que cubren los restos de las pasadas generaciones, y que ya por su feliz colocacion, ya por su belleza artistica, ya, en fin, por los hombres célebres que cobijan, no pueden menos de producir en el ánimo del ansioso visitador un sentimiento profundo de simpatia y de respeto.

Entre aquellas cuatro grandes *nerópolis*, sobresalen por su extension, por su situacion, y la multitud y magnificencia de los mármoles, el cementerio del Este, conocido por el del *Padre Lachaise*; en cuyo inmenso recinto, variados parterres y sombríos bosques, se elevan acaso mas de sesenta mil recuerdos fúnebres muchos, de ellos verdaderos monumentos, artisticos, templete, obeliscos, columnas, pirámides, urnas y sarcófagos de todos gustos y de riquísima labor y materia, ostentando en sus fases nombres muchas veces célebres y populares en todo el mundo; guerreros ilustres, oradores distinguidos, publicistas famosos, sábios profesores, artistas, escritores y poetas, cuyas obras adquirieron en todos los pueblos cultos derechos de nacionalidad. Allí, en aquel ostentoso y poético recinto, vinieron á pagar su tributo á la madre comun, los invictos *Massena*, *Suchet*, *Foy* y *Ney*; los patriotas *Manuel Perier* y *Benjamin Constant*; el naturalista *Cuvier*, el filósofo *Lafontayne*; el admirable *Moliere*, el tierno *Delille*; el simpático *Bernardino de Saint Pierre*; el cáustico *Beaumarchais*; el sublime *Talma*, y el pintor del siglo *David*; allí, en una preciosa tumba gótica formada con los restos del *Paraclete*, reposan los desgraciados amantes *Abelardo* y *Heloisa*; allí las ilustraciones de la República, las glorias del Imperio, los talentos y nobleza de la Restauracion. Allí par de ellos, apartados por la misma tierra y, sombreados arbustos, los restos ig-

norados de los humildes ciudadanos, las virtudes privadas del padre, del esposo, del hermano y del amigo.

Pero si el viagero es español, crece de todo punto su interés, al encontrar frecuentemente en aquel sitio, elegantes aunque sencillos mausoleos, levantados á la memoria de sus compatriotas muertos en el destierro, á consecuencia de nuestras largas discordias civiles.

Bajo un templete circular de mármol, formado por ocho columnas y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado *don Mariano Luis de Urquijo*, que falleció en París el 5 de mayo de 1817 á la edad de 49 años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripcion.

*Il fallait un temple à la vertu*

*Un asile à la douleur.*

El embañador duque de *Fernan-Núñez*, el médico *García Suelto*; el sabio *Morales*; el marino *Guzman de Carrión*; la marquesa de *Arneva*; y otros varios compatriotas yacen en un pequeño recinto, que los encargados del cementerio apellidan *La isla de los españoles*. El príncipe de *Masserano*, grande de España de primera clase, reposa también allí bajo un noble mausoleo, y á su lado bajo una lápida que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español con este tierno epitafio:

*Sur ce noble mortel, au-un ruban n' a lui;*

*Aucun titre ne le decore;*

*Mais si l'Espagne eut ou vingt guerriers come lui*

*L'Espagne serait libre encore!*

Pero otro monumento colocado en distinto compartimento del jardín, entre las sombrías calles que corren á la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atencion del viagero español, por el hombre ilustre á quien está dedicado y por su oportuna colocacion inmediata á las tumbas de *Moliere* y de *Lafontayne*.

Su forma es sencilla, como se ve por el exactísimo dibujo que acompaña á este artículo, reduciéndose á un gran basamento que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico mas proporcionado, sobre el cual se eleva una



pequeña urna de forma antigua. En el frente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripción:

*Aquí yace*  
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,  
*Insigne poeta cómico y lírico,*  
*Delicias del teatro español,*  
*de inocentes costumbres, y de amenísimo ingenio.*  
*Murió el 21 de junio de 1828.*

En los otros tres lados de este mismo cuerpo, hay elegantes disticos latinos, en esta forma.

*Hic jacet Hesperie decus inmortale Thalia*  
*Omnibusque carum patræ lugevit civem.*

*Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus*  
*Magnus scenæ parens, proximus et túmulo.*

*Et post fata colit fedus amicitia.*

MANUEL SILVELA.

En el cuerpo bajo del sepulcro, hay las siguientes inscripciones en francés.

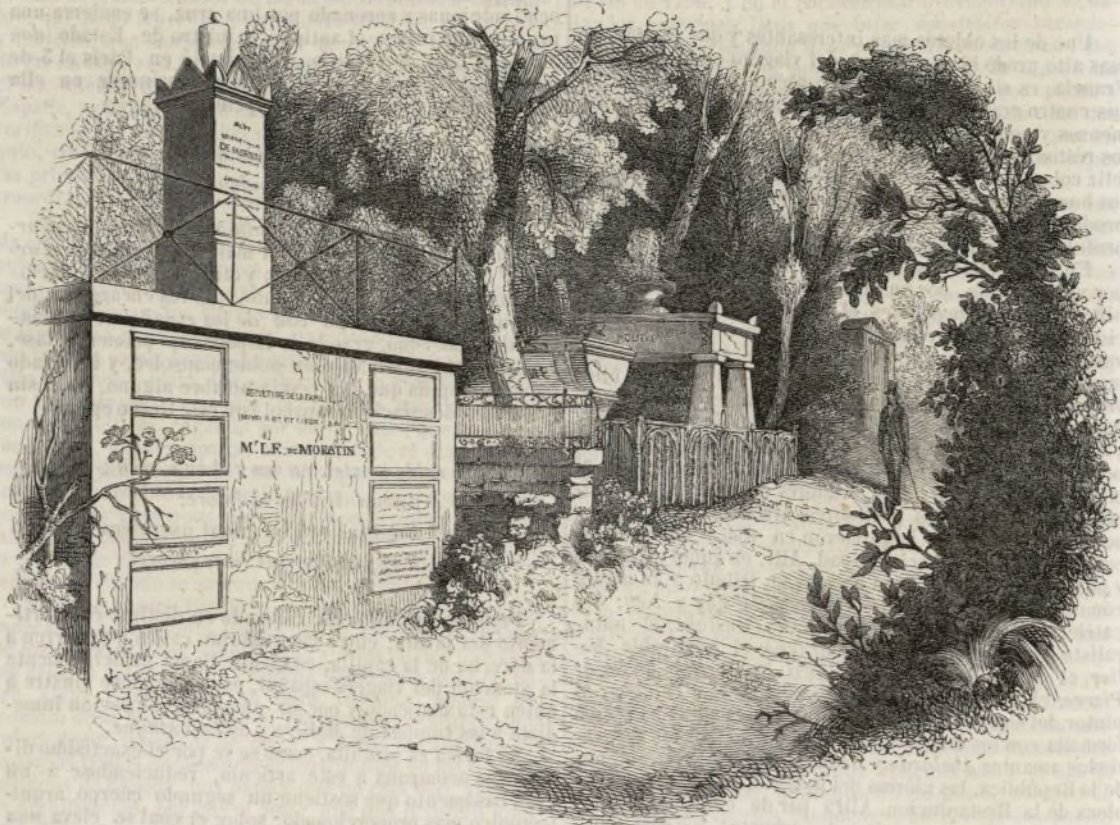
*Concession à perpétuité, six metres de terrain.*  
*Sepulture de la famille*  
*Silvela et de leur ami*  
M. L. F. DE MORATIN.

Y mas abajo en las lápidas de la derecha los nombres

de los señores *don Manuel Silvela* y *doña Micaela Garcia de Aragon* su esposa, que yacen tambien bajo el mismo monumento que elevaron a la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de éste, inmediatos a la tumba que encierra los del gran Moliere, cuyas huellas siguió en vida y en muerte, fué una feliz inspiracion, y parece que no dejó de haber inconveniente para realizarla, por estar de antemano ocupado aquel sitio con otras tumbas, pero todo fué vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que reparando el injusto desden de su patria, acertaron a colocarle al lado de su insignie modelo, y del pintor fabulista, del filósofo Lafontaine.

En el dibujo que acompaña a este artículo, ejecutado en el mismo sitio, y grabado tambien en Paris, se ven las tres tumbas en su exacta posicion; en primer término a la izquierda la de Moratin, luego la de Lafontaine que es una urna sencilla sobre la cual se ve una urna de mármol, y la adornan dos relieves que representan las fabulas del Lobo y la Cigüeña, y el Lobo y el Cordero. Dos pasos mas allá está la de Moliere que no es mas que un mezzquino templete cuadrilongo terminado en un vaso de mármol a donde acuden los pájaros a apagar la sed. Por último, inmediato a la tumba de Moratin, y antes de llegar a ella se encuentra una magnífica losa de mármol negro, elevada como una cuarta sobre el piso del jardin, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. En él se leen claramente algunos compases del Polo del Contrabandista, y sobre la lápida, el nombre del distinguido cantor y compositor que allí reposa, *Manuel Garcia*.



SEPULCRO DE MORATIN EN EL CEMENTERIO DEL P. LACHAISSE EN PARIS.